

La globalización: un análisis crítico

EL TÉRMINO “globalización” ha sido utilizado en una multiplicidad de sentidos. Conceptos como “interdependencia global de las naciones”, “crecimiento de un sistema mundial”, “acumulación a escala mundial”, “aldea global”, y muchos otros, tienen raíces en la noción más general de que la acumulación del capital, el comercio y la inversión ya no están confinadas al Estado-nación. En su sentido más general, la “globalización” refiere a los flujos transnacionales de mercancías, inversión, producción y tecnología. Para muchos de los defensores de la tesis de la globalización, estos flujos, tanto por alcance como profundidad, han creado un Nuevo Orden Mundial, con sus propias instituciones y configuraciones de poder, que han reemplazado a las estructuras previas asociadas con el Estado-nación.

Los globalistas se han enfrascado en un debate con los críticos sobre el significado y la importancia de los cambios en la economía política capitalista. El centro del debate tiene que ver con el hecho de que si la etapa actual del capitalismo representa una nueva época o es básicamente una continuación del pasado, o una amalgama de nuevos acontecimientos que pueden ser entendidos a través de categorías existentes de desarrollo capitalista. En este debate está inmersa una discusión respecto a si el propio término “globalización” es útil para entender la organización y la naturaleza de los movimientos de capital, bienes y tecnología. Contrapuesta al concepto de globalización está la noción de “imperialismo”, que intenta contextualizar los flujos, al situar a éste en un espacio de poder desigual, entre estados, clases y mercados en conflicto.

Este capítulo es un esfuerzo por repensar el concepto de globalización, tanto en su nivel teórico como práctico. El hecho de que el capitalismo en la actualidad se haya difundido prácticamente a todas las regiones geográficas del mundo, haya subsumido todas las economías bajo su égida, y haya explotado el trabajo en todas partes para la acumulación privada, sugiere varias cuestiones analíticas específicas que serán abordadas.

Primero, desde la perspectiva del análisis conceptual e histórico: ¿cuáles son los orígenes de los flujos transnacionales de capital, bienes, servicios y

tecnología? ¿Es la globalización un fenómeno del capitalismo temprano o tardío? Si es esto último, ¿cómo es similar o diferente del primero? ¿Cuáles son las relaciones interestatales que se permiten para los flujos internacionales de capital e intercambio de mercancías? ¿Quiénes fueron los agentes sociales y cuáles fueron los objetivos de estos flujos? Si lo que se describe como globalización existió previamente, ¿por qué se le considera actualmente una novedad? Si no hay un proceso lineal que conduzca a la globalización, ¿es más adecuado examinar tendencias cíclicas hacia los flujos externos (mercado mundial) y flujos internos (interiores al Estado-nación) de flujos de capital y comercio de mercancías? Si la dirección del flujo es variable, ¿cuáles son las instituciones y clases socioeconómicas y políticas determinantes? En un nivel más general, si los flujos varían a lo largo del tiempo y el espacio, sujetos a la influencia de diferentes actores políticos, ¿qué nos dice ello acerca de la principal tesis de los teóricos globalistas, específicamente sobre el argumento de que la globalización es inevitable y de la tesis contraria de sus críticos que argumentan que es contingente?

Para responder a estas preguntas procedemos analizando críticamente varias de las premisas básicas de los teóricos de la globalización: la afirmación de lo inevitable, la noción de que representa un desarrollo novedoso, su negativa a las alternativas y las divergencias entre sus grandes afirmaciones y su escaso poder explicativo –la afirmación de ser el “filete miñón” de la teoría social y los resultados que lo aproximan a un emparedado de salchicha de Bolonia. De ahí la introducción del concepto *globaloney* como una manera de enfatizar el contraste entre la retórica globalista y las realidades contemporáneas. En la siguiente sección analizamos las causas políticas, económicas y tecnológicas para los crecientes flujos transnacionales de capital y el comercio de mercancías. Aquí nos centramos en las dinámicas a escala macro de la relación capital-trabajo y del poder del Estado como la base para rechazar una interpretación tecnológica de estas dinámicas. La hipótesis explorada aquí argumenta que los cambios históricos en el poder político y de clase en el contexto de una severa crisis de acumulación condujeron a la creación de condiciones favorables para incrementar los flujos en áreas previamente cerradas. En cuanto a las innovaciones tecnológicas, primero fueron una consecuencia y luego la causa de estos flujos crecientes.

Los cambios políticos que facilitaron los flujos externos también tuvieron profundas consecuencias en la distribución. Nuestro argumento aquí es que un poder creciente del capital sobre el trabajo, en la liberación de las restricciones impuestas al capital por el Estado, condujo también a una reconcentración masiva de la riqueza. Este argumento procede de la afirmación de que

una clave para entender el pensamiento globalista es su uso como una ideología para justificar las crecientes desigualdades sociales, una mayor polarización social y una creciente transferencia de los recursos estatales al capital. Si es indudable que la teoría de la globalización tiene poco mérito intelectual, argumentamos, sí sirve a un propósito político esencial: la racionalización ideológica frente a las crecientes desigualdades de clase.

La última sección del capítulo se centra en la resistencia, la oposición y las alternativas al Nuevo Orden Mundial. Si estamos en lo correcto al apuntar hacia las relaciones de clase y de Estado como el nexo decisivo, se sigue entonces que los cambios en las relaciones y el poder de clase pueden crear la base para una alternativa a la “globalización”. La sección final examina un elemento clave en la ideología globalista: la privatización. El capítulo concluye con una propuesta de alternativas que ponen en cuestión el dogma globalista.

Análisis conceptual e histórico

Históricamente, los flujos internacionales de capital y de comercio de mercancías han tenido lugar a través de tres rutas. En primera instancia, a través de la conquista imperialista y colonial; en segundo lugar, por medio del comercio y la inversión entre países capitalistas avanzados, y en tercer lugar, mediante intercambios entre países del Tercer Mundo. Cada ruta encarna diferentes relaciones y ha tenido diferentes consecuencias. Los flujos imperiales-coloniales de capital condujeron a una acumulación desigual y a una división del trabajo en la que la diversificación económica y la industrialización en el centro imperial se acompañaron por la especialización y la vulnerabilidad ante las fluctuaciones de la materia prima en las regiones colonizadas. La segunda ruta de flujos internacionales entre centros imperiales avanzados era “mutuamente compatible” en el sentido de que el capital extranjero era regulado para complementar el desarrollo capitalista endógeno. La tercera ruta hacia la globalización, la de los intercambios entre países del Tercer Mundo, estaba limitada por la intrusión de poderes imperiales y la articulación de las economías del Tercer Mundo con sus centros imperiales. Los principales periodos de los intercambios dentro del Tercer Mundo ocurren antes de que sean colonizados y en la fase de industrialización poscolonial.

Aquí el punto teórico se relaciona con una historia larga, la diversidad de fuentes y las relaciones y consecuencias diferenciales que acompañan la expansión de los flujos internacionales de capital y de comercio de mercancías. El hecho histórico es que Estados Unidos, África, Asia y América Latina cuentan con varios siglos de vínculos con mercados en ultramar, intercambios e inver-

siones. Además, en el caso de Estados Unidos, Canadá y América Latina, el capitalismo nació “globalizado”, en el sentido de que la mayor parte de su crecimiento temprano estuvo basado en intercambios e inversiones en ultramar. Del siglo xv al xix, el comercio y la inversión externas de América Latina tuvieron mayor significación que en el siglo xx. De manera similar, como muestra Blackburn (1998), una tercera parte de la formación del capital inglés en el siglo xvii estuvo basada en el comercio internacional de esclavos. Es sólo a mediados del siglo xix cuando el mercado interno comienza a crecer en importancia, gracias al crecimiento del trabajo asalariado, las manufacturas locales y, de manera más significativa, a un Estado que alteró el equilibrio de las fuerzas de clase entre los inversionistas y productores orientados hacia lo doméstico o hacia ultramar.

El significado del cambio histórico de una ruta globalizada a una doméstica o endógena hacia el desarrollo estuvo fundamentado en la emergencia de clases medias decididas a jugar un papel central en la economía política frente a los financieros y los agroexportadores de alimentos básicos y granos. La transición no fue suave: en Estados Unidos, la guerra civil, en la que los propietarios de las plantaciones globalizadas estaban subordinados a los granjeros del Oeste y los industriales del Este, costó 2 millones de vidas. En América Latina, las guerras civiles y la intervención de ultramar se extendieron con furia durante el siglo xix, a medida que los globalizadores y los productores internos luchaban por controlar la dirección de la economía. En Asia, se disputaron guerras importantes (la Guerra del Opio, la expedición de Perry al Japón, etcétera) para globalizar el continente asiático, mientras los productores domésticos emergentes se resistían bajo el liderazgo de las élites tradicionales. El caso es que la globalización, en su antigua forma imperial, basada en los comerciantes y manufactureros europeos y en las élites de la agricultura y la minería locales, era vista por los modernos productores emergentes como un obstáculo importante al desarrollo. El hecho de que los enemigos inmediatos de la globalización fueran emperadores decrepitos (China) o dictadores corruptos (América Latina) no debe oscurecer el hecho de que la globalización, según había surgido entre el siglo xv y xix, se había convertido en un serio obstáculo para el desarrollo de una economía moderna.

Sociológicamente hablando, los objetos y sujetos de la globalización, hasta el siglo xx, eran distintos grupos sociales. Mientras que el capital y los bienes se expandían a través de las fronteras nacionales, la globalización estaba centrada en estados-nación específicos. Los resultados de la expansión generaron beneficios desiguales entre clases, tanto en los países exportadores de capital

como en los países importadores. Actualmente, esta tendencia es aún más marcada, incluso en países puramente receptores de flujos de capital e importadores de mercancías que se han convertido en exportadores. La diferencia crucial hoy en día es la presencia de capitalistas transnacionales de los antiguos países coloniales que están efectuando la exportación de capital y consolidando la dominación regional.

Los casos de China, Hong Kong, Taiwan, Corea del Sur, Chile, México, Arabia Saudita son sólo unos cuantos. La clave, sin embargo, es que la multiplicación de nuevos centros de acumulación y la adición de nuevos millonarios de los países otrora coloniales no cambia las relaciones cualitativas de clase y entre naciones: buena parte de América Latina, Asia y África continúa especializándose en exportaciones de bienes primarios, abundancia de fuerza de trabajo con altas tasas de explotación y desequilibrios sustanciales debido a pagos por rentas (*derechos*) y servicios (seguro e interés). En efecto, la expansión de los flujos de capital y de comercio de mercancías a través de relaciones desiguales en el periodo contemporáneo es una continuación de las relaciones imperialistas del pasado. Los sujetos de la globalización —los principales comerciantes, inversionistas y rentistas de los servicios—, tienen intereses antagónicos a los obreros, campesinos y productores nacionales en los países objeto de su política. Lo que se describe como globalización es entonces esencialmente una continuación del pasado con base en la profundización y la extensión de las relaciones de explotación de clase hacia áreas previamente fuera de la producción capitalista. La afirmación globalista de novedad y la declaración de que estamos entrando en una nueva etapa de la economía mundial se basan en gran parte en el simple enunciado de que la expansión de la relación capitalista es suficiente para definir el nuevo periodo. Los ideólogos globalistas olvidan que en el pasado las actividades económicas estaban más enraizadas en los intercambios y la producción internacionales y que la actual expansión basada en los flujos internacionales es de reciente cosecha y todavía no es el motor predominante de la reproducción capitalista. Además, los cambios en los ejes de la expansión capitalista de la producción y el intercambio internos (para agrandar el mercado interno) hacia el mercado mundial siempre han sido contingentes respecto a la composición política y socioeconómica del Estado que orienta la política económica.

Es útil comparar y contrastar el concepto de globalización con el de imperialismo para resaltar la debilidad analítica del primero y la fuerza del segundo. Hay varias dimensiones para considerar el poder explicativo de los respectivos conceptos: medidas del poder; especificidad de la agencia; comprensión

de las desigualdades regionales, nacionales y de clase; los flujos direccionales de ingreso, inversión, pagos (regalías, interés, ganancias, rentas).

El concepto de globalización argumenta en favor de la interdependencia de las naciones, la naturaleza compartida de sus economías, la mutualidad de sus intereses, los beneficios compartidos de sus intercambios. El concepto de imperialismo, por el otro lado, enfatiza la dominación y la explotación por los estados imperiales, por las corporaciones y bancos multinacionales, hacia los estados menos desarrollados y hacia las clases trabajadoras. En el mundo actual es claro que los países imperiales son cada vez menos dependientes de los países del Tercer Mundo en materia de comercio: la composición de las mercancías intercambiadas es cada vez más rica en información y más baja en las materias primas que caracterizan las exportaciones del Tercer Mundo; los países imperiales tienen diversos proveedores; las principales unidades económicas son propiedad de, y son operadas en gran parte por, accionistas en los países imperiales; las ganancias, regalías y pagos de interés fluyen hacia arriba y hacia afuera en una forma asimétrica. Además, las agencias financieras internacionales y otros cuerpos mundiales y los países imperiales ejercen influencias desproporcionadas o decisivas. Por otro lado, los países dominados constituyen áreas donde predominan los salarios bajos, se exportan los pagos por deuda y las ganancias, son clientes cautivos de las IFI y dependen acendradamente de mercados y productos de exportación limitados. De ahí que el concepto de imperialismo se ajuste a la realidad mucho más que el de globalización.

Con respecto a las especificidades de la gestión social involucrada, la fuente principal de los flujos transnacionales de capital y de comercio de mercancías, el concepto de globalización descansa fuertemente en las nociones difusas de cambio tecnológico, acompañadas por flujos de información, y la noción abstracta de “fuerzas de mercado”. En contraste, el concepto de imperialismo ve a las empresas y a los bancos multinacionales, y a los estados imperiales como la fuerza conductora de los flujos internacionales de capital y de comercio de mercancías. Una panorámica de los principales eventos, de los tratados de comercio mundiales y de los temas de integración regional es suficiente para despejar cualquier explicación basada en el determinismo tecnológico: son las cabezas de los estados imperiales las que establecen el contexto o el marco para los intercambios globales. Dentro de ese contexto, las principales formas de transacción y de organización del movimiento del capital se encuentran en las TNC, apoyadas por las IFI (cuyo personal es nombrado por los estados imperiales). Las innovaciones tecnológicas operan dentro de parámetros que amplían esta configuración del poder. El concepto de imperialismo nos da

entonces una idea más precisa de las agencias sociales de los movimientos a escala mundial de los flujos de capital y comercio de mercancías que la noción de globalización.

Los datos que ilustran los flujos de ingresos a gran escala, en el largo y corto plazos, a escala mundial, nacional y de clase, muestran consistentemente un incremento en las desigualdades entre los estados imperiales y los estados dominados, los inversionistas y los trabajadores, los agroexportadores y los campesinos. Las suposiciones de la teoría del imperialismo son compatibles con este resultado; las suposiciones de la teoría de la globalización no lo son. Además, hay una fuerte relación entre el crecimiento de los flujos internacionales de capital y el incremento de las desigualdades entre estados y, dentro de los estados, entre directivos y trabajadores. La mejor cara que pueden poner los globalistas sobre el asunto es trasladarse del argumento de una mayor prosperidad general hacia la justificación de las desigualdades en términos de recompensas desiguales por contribuciones diferenciales. Aquí, de una manera bastante autojustificable y tautológica, el argumento gira en torno a un énfasis en la contribución del capital y a una devaluación del papel del trabajo. Incluso aquí el concepto de imperialismo, con su foco en la creación de valor del trabajo y el valor apropiado por el capital, es más exacto: ilumina los diferentes espacios de explotación (trabajo, países dominados) y acumulación (compañías y estados del capital imperial).

La estructura de los flujos internacionales de ingreso, inversión, pagos de regalías, no corresponde a noción alguna de un mundo interdependiente. En contraste, la concentración singular y el flujo unidireccional hacia las corporaciones basadas en los países imperiales tiene sentido y se explica fácilmente dentro del marco conceptual de la teoría del imperialismo.

Lo mismo es cierto con respecto a la política militar y las operaciones de inteligencia. El flujo de la intervención es unidireccional, de los centros imperiales a los países dominados. No hay una penetración mutua de los comandos militares, sino la extensión de las misiones militares del centro imperial a los países dominados. En términos legales, sólo los países imperiales reclaman extraterritorialidad (la supremacía de sus leyes sobre las leyes de otras naciones soberanas); los países dominados invariablemente son los blancos de esta atención.

Estas evidencias empíricas nos permiten argumentar en favor de la mayor utilidad científica del concepto de imperialismo con respecto al de globalización. Tanto como explicación como principio organizador de las principales relaciones estructurales en la economía política mundial, la noción de imperialismo se ha tornado más, no menos, relevante.

La lucha en el mundo actual no es sólo entre diferentes marcos conceptuales, históricos o analíticos. Involucra a fuerzas vivas. Tan importante como es el tema de la clarificación teórica, es crucial mirar a los actores políticos comprometidos en las luchas. A ello nos dirigimos.

Defensores, adversarios y ambivalentes

Aunque existe diversidad de tipos de intercambios internacionales que no están incorporados directamente en las relaciones imperiales (intercambios entre Estados imperiales, intercambios entre países dominados, intercambios regulados por regímenes de acumulación popular), nos centraremos en el componente imperialista de los flujos globales de capital y de comercio de mercancías.

Esencialmente existen tres “clases” o “actores” en la economía política mundial: los defensores y beneficiarios de la globalización; los adversarios, y clases y estados explotados; y aquellos que experimentan tanto explotación como beneficios y que varían en su respuesta. Quienes proponen la globalización, tanto ahora como en el pasado, son siempre los países y estados en el poder dentro de la economía mundial. En esta lógica el apoyo principal es el Estado hegemónico. Obviamente, su posición competitiva superior le da poco qué temer y mucho qué ganar a cambio de abrir la economía. No obstante resultan pertinentes dos notas precautorias: no todas las clases en los estados-nación ascendentes son beneficiarias –principalmente lo son las empresas dominantes de gran escala. En segundo lugar, mientras que proclaman la universalidad de los principios globales (libre comercio, mercados libres y remesas libres), el poder ascendente con frecuencia restringe la entrada para proteger a los aliados políticos del régimen (en sectores atrasados de la economía) y establecer zonas de intercambio privilegiadas para excluir a los competidores.

Mientras que los estados poderosos y sus empresas económicas dominantes son los principales proponentes de la globalización, sus contrapartes políticas y económicas en los países dominados son también sus firmes defensores. Aquí, las divisiones internas son cruciales como lo son los efectos estructurales. Los grupos del *agrobusiness* y los financieros, importadores, exportadores en general, exportadores mineros, grandes manufactureros o propietarios de talleres manufactureros (*sweatshops*) subcontratados para los mercados de exportación, son todos fuertes defensores de la globalización.

De ahí que la globalización sea a la vez un fenómeno imperialista y de clase. Los flujos asimétricos de ingreso afectan el crecimiento del mercado

interno, pero favorecen el rápido crecimiento de los enclaves de exportación y el enriquecimiento de las clases locales en el circuito global.

Un tercer grupo, elemento subordinado de los primeros dos, y que apoya a la globalización, incluye a funcionarios de alto nivel (tecnócratas), académicos y publicistas ligados con los circuitos internacionales. En los países imperiales elaboran las teorías y conceptos que pueden ser utilizados para justificar y prescribir los programas, estrategias y tácticas globalistas. Los mentores académicos en prestigiosas universidades de los países imperiales entrenaron a una larga lista de defensores globalistas en los países dominados. Con frecuencia, los académicos dan forma a los programas económicos de los países dominados para maximizar los intereses del capital global y recibir lucrativas cuotas de consulta. Sus antiguos estudiantes en el gobierno diseñan las políticas, se comprometen en prácticas de negocios corruptos y acumulan fortunas privadas a través de las políticas de privatización.

El cuarto grupo que promueve la globalización incluye a elementos clave de la clase capitalista dominante: banqueros, financieros y los importadores y exportadores de bienes y servicios. Son defensores, al igual que beneficiarios hasta cierto punto, del libre comercio. El punto de diferenciación se da cuando los comerciantes a gran escala de capital extranjero desplazan a los grupos comerciales locales. De otra forma, los individuos en este sector, en particular en donde no tienen ligas con los productores locales, tienden a ser firmes defensores de los principios globalistas del libre comercio. En conjunto, este bloque es una configuración formidable mientras conserve el poder del Estado. Su principal base de poder es su posición estructural –en el nódulo de las transacciones comerciales, financieras y de inversión– y la cantidad de dinero de la que dispone para financiar las campañas políticas y las organizaciones sociales. Aun así, el dinero como un elemento de singular importancia no es el único recurso: el poder social y la organización de masas son un potencial contrapeso crítico.

Los adversarios de la globalización compensan con su número de integrantes lo que les falta en poder financiero. Los principales adversarios de la globalización en los países dominados han sido los movimientos campesinos, en particular en América Latina y partes de Asia, y en menor grado en África. Las políticas de libre comercio han llevado a la devastación de los productores locales, incapaces de competir con las importaciones de granos baratos. Los subsidios a los productores agroexportadores han estimulado la expansión de la propiedad de la tierra, la concentración de los créditos y la asistencia técnica a expensas de los pequeños productores. La introducción de tecnología por parte de los agroproductores corporativos en amplias extensiones

ha desterrado a los campesinos locales y creado una masa de productores desplazados. La erradicación por parte del Estado imperial de las cosechas no tradicionales (coca, amapola, etcétera) ha minado los nichos del mercado mundial para los pequeños granjeros. Como resultado, hay una creciente masa de campesinos radicalizados y trabajadores rurales sin tierras en países clave como Brasil, México, India, Filipinas, Ecuador, Paraguay, Bolivia, al igual que en otras partes.

El segundo grupo o clase, que es un adversario de importancia y que se confronta a la globalización, está conformado por los trabajadores tanto en los países imperiales como en los dominados. Los trabajadores de Francia, Alemania, Corea del Sur, Brasil, Argentina, Sudáfrica, lo mismo que de otros países, han participado en huelgas generales en contra de las políticas de globalización. En los países imperiales en contra de las amenazas de relocalización de plantas, los cortes en las pensiones, los planes de salud y de vacaciones, y de manera más importante, el crecimiento masivo de la inseguridad laboral. En los países dominados, los trabajadores se han movilizado en contra de los bajos salarios, las condiciones despóticas de trabajo, el gobierno gerencial autocrático, las largas jornadas de trabajo y los beneficios sociales en declive.

Una tercera clase de adversario la constituye el conjunto de empleados públicos afectados por los grandes cortes en los presupuestos, la privatización y la pérdida masiva del poder adquisitivo. Una vez más, la oposición de esta clase se encuentra tanto en los países imperiales como en los dominados.

La cuarta clase es la del pequeño comercio, en particular las clases de provincia afectadas por los cortes estatales a los subsidios públicos, la desindustrialización, la privatización de los minerales y el transporte, lo cual ha empobrecido al interior del país y concentrado la riqueza en unos cuantos enclaves en las ciudades centrales. La invasión de importaciones baratas ha llevado a la bancarrota a muchos productores locales y provocado amplias protestas cívicas basadas en alianzas multisectoriales que confrontan al gobierno central. Experiencias de este tipo han ocurrido ampliamente en Argentina, Bolivia, Colombia, Ecuador, Corea del Sur, India y Perú, en este último caso cuando menos antes de la dictadura de Fujimori.

En el pasado habrían quedado incluidas las naciones no competitivas o de reciente industrialización como parte de la alianza de adversarios en contra de la globalización. Sin embargo, ésa es una posición difícil de mantener dado que las clases gobernantes y dominantes de estos países se han convertido en beneficiarias de los circuitos globales y definen las políticas de acuerdo con los imperativos del libre comercio, mercado libre y libre flujo de capital.

Existe una tercera categoría de clases que se muestran ambivalentes ante la globalización. Por ejemplo, las industrias que tienen dificultad para competir en el mercado global y que no obstante se benefician de la reducción de los derechos sociales y el descenso salarial. Los manufactureros que caen en la quiebra por competencia exterior y se “convierten” hacia la importación o a alguna otra actividad comercial. Los trabajadores asalariados con bajas remuneraciones que son consumidores de bienes de consumo importados y baratos. Las familias de campesinos migrantes que pierden a miembros de su familia y ven los precios de sus productos diezmos por las importaciones, dependen de las remesas del extranjero, reconvertidas de manera libre. Los elementos decisivos en el declive de estos sectores son la intervención política, la organización y la lucha. Cuando las clases globalistas están al mando, las clases ambivalentes se adaptan en vez de resistirse a los avances globalistas. En las condiciones y ocasiones en que las clases subordinadas están en el poder, los “ambivalentes” se unen a las huelgas cívicas, incrementan las demandas para la protección del Estado y buscan que se generen regulaciones estatales de los talleres manufactureros y las plantas de ensamble.

La división entre los defensores, adversarios y ambivalentes atraviesa las clases, incluso cuando los principales beneficiarios se encuentran en las clases imperiales y los explotados en los países dominados. El caso es que la red internacional que vincula a los defensores y a los adversarios explotados en competencia está desarrollado de manera desigual. Los defensores tienen sus propios foros y organizaciones internacionales y actúan en común. Los adversarios explotados permanecen fragmentados. Hay un abismo entre las afinidades estructurales de los adversarios y su dispersión subjetiva. El punto clave es *el control por parte de los defensores y beneficiarios del Estado-nación y su capacidad para utilizarlo como una arma formidable en la creación de condiciones para la expansión global*. La debilidad de los adversarios en parte es organizacional, pues, la oposición se construye en torno a demandas sectoriales sin fuertes vínculos y compromisos ideológicos internacionales. En este caso, los adversarios se han marginado de la lucha por el poder del Estado debido a la retórica de la “sociedad civil” y la noción de que “el Estado-nación es un anacronismo”.

La configuración de defensores, adversarios y ambivalentes está íntimamente ligada con los resultados distributivos de las políticas globalistas. Se ha dado una reconfiguración geográfica de la riqueza. Las TNC y los bancos transnacionales (TNB) en los países imperiales (América del Norte, Europa occidental y Japón), y de Hong Kong, Arabia Saudita, Taiwan y Corea del Sur concentran la gran mayoría de los activos y riquezas mundiales junto con en-

claves económicos, en los países dominados entre los directores millonarios de los nuevos conglomerados que emergen de los programas de privatización.

Las regiones clave del empobrecimiento en los países dominados son los suburbios, las villas rurales y provinciales, al igual que las antiguas regiones mineras y portuarias. En los países imperiales, las regiones previamente industriales y agrícolas han sido abatidas, en particular las áreas de sindicalismo militante. Dentro de la clase trabajadora, los niños, las mujeres y las minorías étnicas han recibido pagos por debajo de las tasas generales de salario y virtualmente carecen de cobertura de protección. Su principal defensa es la rotación en el empleo, como es el caso de los chinos continentales que trabajan en las fábricas costeras que son propiedad de millonarios de la diáspora. Los trabajadores migrantes, el sector no regulado (el llamado sector informal) y los jóvenes con empleo temporal son tiranizados en el lugar de trabajo por el poder absoluto para contratar o despedir del capital global y su amenaza de relocalizarse. Los empleados públicos, los maestros y trabajadores de la salud, todos en un proceso de movilidad descendente, han estado en el centro de las luchas sociales a lo ancho de América Latina y partes de Europa y Asia a medida que descienden los niveles de sueldos y salarios.

Mientras que la masa de los viejos y nuevos trabajadores experimenta una caída relativa o absoluta en sus estándares de vida, emerge una nueva clase de millonarios en las finanzas, la manufactura, el entretenimiento y en las actividades de la droga, la pornografía y el contrabando. Este último es particularmente fuerte en la antigua Unión Soviética y Europa del Este.

Las posiciones hacia la globalización están claramente definidas por la posición estructural y sus consecuencias distributivas: la ideología y sus llamados universales están fundamentados en la mistificación de sus profundas raíces de clase y de las desigualdades de clase. Sus poderosos vínculos continuados con el Estado-nación y las clases dominantes enraizadas en esos estados contradicen el llamado al universalismo y al internacionalismo abstracto.

La naturaleza cíclica de la globalización

El desarrollo del capitalismo ha estado acompañado de transformaciones en su naturaleza y de los sectores de capitalistas que han dirigido el Estado. El Estado capitalista en turno algunas veces ha sido influido por las demandas del movimiento laboral, los partidos de izquierda, al igual que por los procesos económicos (crisis, depresiones, inflación, caídas bursátiles, etcétera) y por los cambios tecnológicos. Estos cambios han tenido un poderoso efecto en la conformación de la dirección de la inversión capitalista –hacia adentro o hacia afuera– y los montos de cada una.

A lo largo de los últimos 5 siglos, la expansión capitalista ha alternado entre la dependencia de los flujos globales y la profundización del mercado interno. La conquista colonial temprana, encabezada por los capitalistas mercantiles, las compañías comerciales, los traficantes de esclavos, constituyó la fuerza conductora de la globalización temprana (del siglo xv al xviii), mientras que el crecimiento del proteccionismo y la industria nacional (de finales del siglo xviii a mediados del siglo xix) estimularon el crecimiento de las industrias nacionales y la caída relativa de los flujos globales como piezas centrales de la acumulación. En Asia, África y América Latina los sistemas productivos precoloniales (algunos, como en la India, de textiles con marcadas características capitalistas) estaban orientados básicamente hacia los mercados internos o al comercio no europeo de larga distancia (África y Asia). La colonización generó el escenario para la emergencia de colonos que desplazaron a las elites económicas aborígenes dominantes y reorientaron las economías hacia el mercado mundial (europeo y más tarde estadounidense). En el siglo xix, los movimientos nacionales de independencia en América Latina, conducidos por las elites criollas de exportación (propietarios de minas, terratenientes y comerciantes), profundizaron el proceso de globalización. La integración de América Latina en el mercado mundial se hizo más pronunciada, a excepción de casos como el de Paraguay, que intentó iniciar políticas proteccionistas industriales similares a las euroestadounidenses.

El último gran impulso, anterior al actual, hacia el crecimiento generado externamente comenzó a finales del siglo xix, con las notables excepciones de Alemania y Estados Unidos. Este último país combinó una fuerte protección de las industrias emergentes con una expansión imperial selectiva orientada hacia afuera. La “globalización” implicaba políticas económicas de *laissez faire* que precedieron a la que se practica actualmente: viajes sin pasaporte, ausencia de legislación para el trabajo y manejo del ambiente, falta de controles cambiarios, poderes limitados para los bancos centrales (si alguna vez existieron), etcétera. Este periodo terminó con –algunos dirían que condujo a– la Primera Guerra Mundial. Hubo un breve reavivamiento durante los años veinte, y luego definitivamente se cerró, o así pareció por más de medio siglo, con la depresión mundial de 1929. La reemergencia de la globalización o de los flujos internacionales de capital y de comercio de mercancías entre 1945 y 1997 ha sido gradual, acelerándose sólo desde finales de los ochenta. Incluso hoy, el comercio global no da cuenta de la mayor parte de los bienes y servicios que ingresan en el Producto Interno Bruto (PIB) aun cuando ha estado creciendo rápidamente en años recientes.

En el Tercer Mundo, las políticas de *laissez faire* que acompañaron a la integración global se vieron debilitadas por la Primera Guerra Mundial en la medida que los manufactureros y los productores de clase media emergieron demandando mayor protección y desarrollo del mercado interno.

A medida que el mercado interno ganó relativa importancia tuvo lugar un proceso de diferenciación de clase entre productores nacionales y las clases populares aliadas (trabajadores, peones, campesinos, etcétera), por un lado, y las clases globalistas de exportación (mercaderes, comerciantes, grandes terratenientes, propietarios de minas), por el otro. La caída bursátil de 1929 selló el destino de las estrategias globalistas, aun cuando definitivamente no desplazó a las clases exportadoras. Desde principios de los treinta hasta los setenta, el PIB de América Latina estuvo basado cada vez más en la producción para los mercados internos, incluso cuando los productores locales continuaron dependiendo de las elites de exportación para generar intercambios externos para financiar importaciones de capital. La reversión de este patrón y el retorno a la dependencia globalista sobre los flujos externos de capital y de comercio de mercancías comenzó en los setenta, pero se hizo un esfuerzo prolongado e infructuoso por crear una nueva fuente de crecimiento dinámico. El país latinoamericano con mayor dotación de recursos (minerales, madera, recursos marítimos, frutos) que se ajusta a las condiciones del mercado mundial, Chile, ha sido el más exitoso para realizar la transición. También es el país que tiene la tasa más alta de explotación de sus recursos no renovables y por tanto tiene el desarrollo menos sustentable. La mayoría de los demás países que dependen relativamente menos de la explotación de recursos posee una capacidad limitada para conservar tasas razonables de crecimiento.

En Asia, América del Norte y Europa, el impulso hacia la dependencia de los flujos externos de capital y comercio de mercancías ha sido desigual: mientras que ha crecido en todos los casos, también ha sido selectivo (esto es, combinado con proteccionismo), integracionista (predominan los intercambios entre los países capitalistas avanzados) y todavía está basado en el Estado-nación para su sustancia, apoyo y promoción.

Las afirmaciones globalistas de una economía ligada con el intercambio internacional refieren por tanto a un proceso cíclico de lenta emergencia que todavía está profundamente imbricado en las economías nacionales y que es altamente dependiente del Estado-nación para sus proyecciones en el exterior. Los actores principales, las TNC en su mayoría, reciben todavía el grueso de sus ganancias del mercado interno, aun cuando el porcentaje de las ganancias en el exterior se incrementa. Los subsidios para las innovaciones tecnológicas, la construcción de plantas, la promoción de la exportación, el control

del trabajo y las condonaciones impositivas, que son componentes esenciales de las estrategias de crecimiento corporativo multinacional, se formulan todavía dentro y por el Estado-nación.

¿Qué explica los ciclos orientados hacia el exterior, pasados y presentes, de la expansión capitalista? Esencialmente podemos identificar tres fuentes generales interrelacionadas: cambios en la economía política mundial, como guerras, crisis, apertura de nuevos mercados; la ascensión de clases exportadoras al poder político y económico; la composición cambiante del Estado y la redistribución de recursos para promover la expansión orientada hacia el exterior de la estrategia económica.

Lejos de ser un proceso lineal, el desarrollo de los flujos internacionales de capital y de comercio de mercancías históricamente ha sido un proceso interrumpido y quebrantado por periodos extensos. En el tiempo histórico, cuando menos a lo largo del siglo xx, ha sido la excepción más que la regla a medida que las rivalidades capitalistas han incitado medidas proteccionistas de corte nacionalista, las guerras han estratificado la economía y la oposición social ha encauzado los recursos internamente.

La actual ola de globalización se topa con una dura resistencia en América Latina, Europa y Asia, y tiene una problemática base de apoyo social, incluso cuando su legitimidad como programa económico es cada vez más puesta en cuestión. Lo que resulta incuestionable es que la tendencia hacia una mayor dependencia de los flujos externos está aumentando y que el poder y la voluntad de los estados para proceder a profundizar ese proceso está creciendo. Bajo las actuales circunstancias, los vínculos económicos entre los mercados y las corporaciones multinacionales han tenido un efecto devastador sobre los trabajadores, empleados, agricultores y campesinos. Una ruptura con las estrategias globalistas de Estado implicará también un periodo de dislocación socioeconómica y un costo particularmente alto para las corporaciones financieras, los ejecutivos multinacionales y las clases que los apoyan. El punto, sin embargo, es que la caída del comunismo, las derrotas de la izquierda revolucionaria, la caída subsecuente del trabajo y de los movimientos sociales proporcionaron un terreno óptimo para la imposición de políticas globalistas.

La naturaleza política de las grandes ganancias es evidente en el estancado patrón de crecimiento económico que acompaña a la globalización. Japón, Alemania y Estados Unidos, durante el presente periodo globalista, han mostrado exiguos resultados en el rubro de crecimiento. La llamada revolución tecnológica ha sido de poca o ninguna importancia para estimular el crecimiento en general. De hecho, los países más atrasados tecnológicamente como China, India, Chile y Turquía han mostrado el mayor crecimiento basado,

en gran parte, en la explotación intensiva y extensiva del trabajo, la extracción de materias primas y la producción de bienes manufacturados de bajo precio. El proceso de internacionalización del capital está basado así en la explotación de nuevas fronteras y la localización de sitios para las grandes ganancias –no en el desarrollo y profundización de las fuerzas de producción. El movimiento internacional de capital y de comercio de mercancías está creando así más capitalismo, más trabajadores asalariados, más exportaciones e importaciones, pero en general ha fallado en sobrepasar las tendencias hacia el estancamiento.

Si las oportunidades externas no conducen al crecimiento dinámico, ¿qué explica el poder de las clases exportadoras? La respuesta puede encontrarse en el cambio del poder político y social dentro de los estados-nación y su extensión externa desde el centro imperial al resto del mundo. El hecho fundamental es que la clase capitalista en el Occidente, en un mayor o menor grado, ha infligido severas derrotas a la clase trabajadora en todas las esferas de la vida: en términos de control del Estado, mediante políticas sociales, ideología; en el ámbito de la fábrica, en términos de reglamentación del trabajo, salarios, poder de negociación, empleo; en el nivel personal, en términos de vulnerabilidad, conciencia, miedo.

Desde los setenta, la clase capitalista se ha aprovechado de un movimiento sindical altamente burocratizado, divorciado de las bases y altamente dependiente de los favores del Estado, para acrecentar el poder de negociación del trabajo. Mientras que los capitalistas han desarrollado fuertes lazos con los partidos políticos del Estado, y por tanto ejercen poder efectivo sobre los políticos, los burócratas del trabajo han dependido esencialmente de los mismos partidos capitalistas para promover sus intereses. En tanto que los capitalistas han desarrollado una estrategia capitalista clara y coherente que impide concesión alguna sobre los temas del bienestar, los burócratas del trabajo han permanecido atados a un concepto previo de los contratos sociales y del Estado de bienestar, incapaces y sin voluntad para desarrollar una estrategia anticapitalista o considerar una alternativa socialista. Mientras que los capitalistas se han apoderado del Estado, el trabajo sigue siendo un grupo de presión, un agente externo, vinculado con las luchas sectoriales y con los limitados temas del salario. En tanto los capitalistas dominan los medios masivos, el trabajo carece de medios alternativos; mientras los capitalistas generan oleadas legislativas contra el trabajo, intensificando la lucha de clases desde arriba, el trabajo se vuelca hacia la actividad del servicio en la medida que sus miembros disminuyen.

La centralidad de la lucha de clases para definir la política globalista es evidente si comparamos en dónde ha avanzado más: en Inglaterra y Estados Unidos, donde las huelgas son pocas y con frecuencia se pierden, y en Francia y Alemania, donde los sindicatos utilizan el arma de la huelga y los trabajadores conservan todavía un gran sector del Estado, los programas sociales y las industrias nacionales. En el Tercer Mundo, la transición hacia el modelo globalista ha procedido más lejos donde el trabajo fue reprimido de manera más severa: México, Chile y Argentina.

El patrón “inverso” también es evidente en el pasado. Desde principios de los años treinta hasta mediados de los setenta, el avance de las clases media y trabajadora minó el poder de las clases exportadoras e hizo del crecimiento del mercado interno el centro de la política económica. La creación de un Estado de bienestar y la proliferación de las empresas públicas fue producto del colapso del modelo de exportación y de la crisis y desplazamiento de las clases que lo apoyaban. El crecimiento de los países no capitalistas en Europa, Asia, Europa del Este, América Latina, y el crecimiento de los regímenes nacionalistas en África, forzó a las clases capitalistas de Europa occidental y Estados Unidos a competir por la lealtad de la clase trabajadora al ofrecer concesiones de sueldos y de bienestar. Los capitalistas exportadores estaban ligados a la demanda interna. La globalización estaba atemperada por la militancia trabajadora y campesina y el espectro del comunismo hizo del bienestar social una necesidad para la supervivencia capitalista.

Las derrotas de la clase trabajadora en Brasil, en 1964, Indonesia, en 1966, y en América Latina, durante los setenta; la contrarrevolución China desde adentro, a finales de los setenta; el colapso de la Unión Soviética y la conversión de los demócratas sociales europeos en neoliberales y de los liberales estadounidenses en conservadores del libre mercado, fueron eventos políticos que transformaron la política estatal de una fuerza que mediaba entre la globalización y el bienestar a un instrumento directo de apoyo a los flujos internacionales de capital y de comercio de mercancías.

El cambio del poder de clase y la recomposición del Estado son las condiciones básicas que sostienen el crecimiento de los flujos internacionales y la emergencia de la globalización como una ideología para legitimar el poder.

Globalización: pasado y presente

¿Es la “globalización” en el contexto contemporáneo diferente de lo que fue en el pasado? La respuesta depende de qué observemos. En el pasado, durante periodos en los que predominaban las clases exportadoras, la globalización era

mucho más significativa que en los tiempos actuales en términos de su impacto en el crecimiento. Esto era particularmente cierto para los centros imperialistas y para los países recientemente colonizados entre los siglos XVI y XIX. No obstante, había regiones y países enteros en los que el modo capitalista de producción era apenas incipiente o inexistente, en particular en las áreas rurales del Tercer Mundo e incluso en partes de Europa. En la actualidad no existe ningún país o región que no haya sido incorporado al modo capitalista de producción. Los actuales intercambios de mercado, a diferencia de aquellos en siglos previos, tienen lugar dentro del sistema capitalista.

En segundo lugar, durante la mayor parte del siglo XX, regiones sustanciales del mundo estuvieron organizadas en un sistema no capitalista, una forma de colectivismo, que no operaba dentro del modo capitalista de producción. En la última década, estas áreas se han incorporado y subordinado a la lógica de la acumulación capitalista, incluso cuando, en el caso de la mayor parte de la Unión Soviética, los aspirantes a capitalistas se parecen a los traficantes de esclavos, piratas y vándalos ingleses del siglo XVI dedicados a acumular riqueza a través de medios no económicos (acumulación originaria).

Las continuidades significativas se encuentran en el punto de origen de la globalización, centrada en los países imperiales avanzados (aunque los países particulares han cambiado), y los efectos desiguales que ello tiene en las clases y estados-nación en la relación imperial. Actualmente, como en el pasado, el principal comercio tiene lugar a través de las firmas gigantescas de los principales países europeos, asiáticos y norteamericanos. En la actualidad, como en el pasado, la mayor parte de las ganancias es apropiada por las clases dominantes vinculadas a través de las inversiones, el comercio, las rentas y el pago de intereses. Tanto en el pasado como hoy, el Estado-nación fue y es el principal instrumento político para organizar la expansión global: tratados de comercio, subsidios, controles laborales, intervención militar, promoción ideológica (doctrinas del libre comercio), todas son funciones esenciales desempeñadas por la elite gobernante del Estado-nación. Entonces, como ahora, el Estado-nación ha sido incapaz de controlar las alzas y bajas intempestivas de la especulación, las tendencias hacia las crisis de sobreproducción y estancamiento inherentes al modo de producción capitalista.

La aparente “novedad” de la tendencia contemporánea hacia la globalización se encuentra en el hecho de que proviene de un periodo prolongado de crecimiento orientado hacia el interior bajo una coalición de fuerzas de clase que elaboró una ideología (keynesianismo, comunismo, corporativismo) y políticas en las que los intercambios y las inversiones externos estaban subordinados al crecimiento de las industrias protegidas y al ensanchamiento del mer-

cado interno. Si se toma una visión a más largo plazo de la historia económica, que vaya más allá del poder dirigido hacia el interior, se encontrarían sustanciales similitudes estructurales con el patrón actual de globalización.

Hoy, la diferencia es que el periodo previo del desarrollo hacia el exterior terminó con una crisis profunda y cerca del colapso bajo condiciones de guerra y depresión. La actual tendencia hacia la globalización tiene todavía que entrar en su “fase final”, aunque hay claros indicios de una propensión hacia la crisis. Por ejemplo, tanto en el presente como en el pasado, la actividad especulativa tiende a superar las inversiones productivas; el colapso es seguido de un periodo de prolongado estancamiento, un patrón evidente también en el periodo de la posguerra en lo que se refiere a Estados Unidos, Japón y Europa occidental. Con las desigualdades que se disparan y el descontento social que se profundiza, es probable que la globalización, en palabras de un banquero inversionista, esté “llegando a los límites de la aceptación política de estos enfoques” (*New York Times*, 20 de junio, 1997: A-10).

Como se mencionó antes, la principal diferencia actualmente es que el capitalismo se ha difundido a todas partes y que es el único sistema económico del momento. Esto significa que los adversarios directos del capitalismo no son otros estados o regiones que se resisten al avance capitalista, sino clases –trabajadores, campesinos, etcétera– localizadas dentro del sistema. La oposición no es de parte de elites pre o poscapitalistas o de clases excluidas, sino de aquellas incorporadas y explotadas, aquellas que generan valor.

La segunda “nueva característica” de la globalización es el mayor volumen de movimientos de capital. Las transferencias de riqueza a través de las fronteras nacionales, en particular los movimientos financieros, exceden con mucho los movimientos pasados. Esto se hace posible por la implantación de redes organizacionales a gran escala, al igual que por las nuevas tecnologías electrónicas. Estos movimientos, por más grandes que sean, operan a través de muchas de las viejas redes que anteceden a la actual fiebre de expansión globalista. Las diversas redes étnicas de las diásporas (china, hindú, mediorienta, judía, etcétera), y los conglomerados familiares extensos (particularmente efectivas en asiático-chinas) influyen en los modernos canales bancarios y de inversión. En Europa occidental y Norteamérica, las redes preexistentes de familia y de clase han profundizado su influencia a través de las innovaciones electrónicas. De ahí que mientras el volumen de los flujos se incrementa, las unidades determinantes de la toma de decisiones están incorporadas en formaciones sociales anteriores, preglobalistas.

La transmisión y la acumulación de la información son más rápidas y de mayor cantidad bajo la globalización contemporánea, pero no parece haber

generado una gran diferencia en términos de inaugurar un nuevo periodo de crecimiento robusto. Incluso Japón y Corea del Sur, los máximos líderes en el desarrollo inducido por la nueva tecnología durante los setenta y ochenta, están atorados en el lento crecimiento. Estados Unidos, a pesar de la postura autolaudatoria adoptada por Clinton, se atasca en un nivel que apenas se mantiene al ritmo del crecimiento de la población. Las tecnologías son diferentes a las del pasado, pero ello en sí mismo no ha conducido a una nueva estructura de clases ni proporcionado una nueva dinámica económica o una nueva estructura del Estado. Las nuevas tecnologías están incorporadas en las clases preexistentes, el Estado-nación y los mayores constreñimientos e imperativos del sistema capitalista. La noción de información como “el nuevo capital” es, por supuesto, absurda, como lo es la idea de que la masa de la nueva información y los dependientes glorificados que alimentan y procesan la información son los nuevos capitanes de la economía.

El punto crucial de la acumulación y la comunicación de información es el análisis y el uso de ella al igual que el marco conceptual, que formula las preguntas y que orienta a los analistas de la información. Éstos no son actores autónomos, sino individuos o clases incorporados en estructuras de poder; configuración que convierte a la información, en algunos casos, en ganancias de capital y en algunas ocasiones en pérdidas. Es obvio que la información es un elemento importante en la obtención de ganancias, de ahí que los capitalistas empleen capturistas de información para generar cuadros, tablas y gráficas, sintetizar datos y ponerlos en la red en una forma sucinta y utilizable.

La velocidad en el movimiento del capital propicia los cambios en la localización del capital al igual que una rápida acumulación, pero esto simplemente acelera la volatilidad ya existente sin añadir cosa alguna al conjunto del capital. La velocidad no está directamente relacionada con el crecimiento de las fuerzas productivas. Opera en gran parte en una esfera paralela. La economía de papel está relacionada sólo tenuemente con el funcionamiento de la economía real. Esto no significa que no pudiera tener un impacto importante en la economía real, por ejemplo, si hubiera una caída importante en los mercados financieros o en la bolsa de valores. Este tipo de globalización, en tanto novedosa en su volumen y velocidad, no ha cambiado significativamente la estructura y operación de la economía global real en una forma cualitativa. Cuando mucho, ha incrementado la autonomía de los movimientos de capital al dar a los agentes individuales un mejor acceso a más lugares para operar transferencias de dinero. Pero incluso ésa es una autonomía relativa, debido a que los gobiernos han optado por no regular esta área, no debido al mayor volumen (billones diariamente) o facilidad de movimiento (pulsar una compu-

tadora) sino debido a que los estados-nación que más se benefician –Estados Unidos, Europa occidental y Japón– se han “desregulado”. Precisamente debido a que las computadoras de alta velocidad pueden procesar billones de elementos por segundo, y precisamente debido a la mayor integración económica del capital y los estados, es potencialmente posible proponer nuevas regulaciones.

Finalmente, la globalización contemporánea ha profundizado y extendido la división internacional del trabajo: los automóviles son hechos de partes que provienen de fábricas instaladas en estados-nación distantes. La recolección, procesamiento y análisis de la información son delegados al trabajo en diferentes regiones. Ha avanzado el proceso de exportar los procesos de trabajo que requieren de mano de obra industrial intensiva al Tercer Mundo y retener a la masa de los trabajadores de servicios poco remunerados y a una elite de ejecutivos bien pagados en los centros imperiales. Pero esto es una continuación de la pasada división internacional del trabajo entre los trabajadores de la minería y la agricultura en el Tercer Mundo, y los trabajadores de la manufactura y los servicios en los países imperiales. Lo que ha cambiado es la inclusión de las actividades manufactureras en el Tercer Mundo. Esto significa una mayor proletarización (el número de trabajadores asalariados) en algunos lugares. El problema clave con los teóricos de la nueva división internacional del trabajo es el hecho de que la mayor parte de la producción industrial, tanto en el Tercer Mundo como en los países imperialistas, es para el consumo interno y es obra de los propietarios domésticos. Hay, por supuesto, unos cuantos países en los que predominan las exportaciones y los inversionistas extranjeros, en particular en los bienes de consumo duradero, servicios culturales y sectores financieros.

Volviendo a la pregunta inicial de esta sección: ¿es diferente la globalización contemporánea a la del pasado? La respuesta es “sí” en términos cuantitativos, y “no” en términos de las estructuras y unidades de análisis que definen el proceso. Además, la principal diferencia entre el pasado y el presente –el hecho de que la primera tuviera un “punto final” (crisis y colapso) y la última sea todavía medianamente robusta– es en sí mismo un asunto problemático.

Globalización: inevitabilidad o contingencia

Uno de los pilares centrales de los teóricos de la globalización es la idea de que ésta es inevitable: que los desarrollos tecnológicos, económicos y políticos convergen para excluir cualesquiera formas de crecimiento económico que no sean las basadas en los flujos transnacionales de capital y de comercio de mer-

cancias. La afirmación, más normativa que científica, es que la globalización es la etapa más alta y última en la historia en la que todos los países y economías están vinculados a través del mercado capitalista. Un vocero temprano de esta idea, Francis Fukuyama (1991), escribió acerca de “El fin de la historia”, según la cual los mercados, la democracia y la prosperidad habrían acabado con los conflictos, los regímenes autoritarios y el reino de la indigencia.

La noción de inevitabilidad a propósito de procesos político-económicos particulares tiene una larga e innoble historia de inevitable refutación. A muchos observadores, absorbidos por el éxito coyuntural, les parece un resultado predeterminado para todas las futuras generaciones, usualmente basado en una visión de túnel de la historia en la que todos los eventos están prefigurados en el pensamiento y predestinados. En esta visión tautológica de la historia: lo que sucedió tenía que suceder; lo que está sucediendo es un producto de un conjunto singular de eventos; aquello que existe tiene una diferencia singular con toda la historia pasada en que carece de puntos de conflicto o de procesos contradictorios del pasado. Esta visión de la historia como un proceso lineal de eventos determinados es, por supuesto, falsa: resultados divergentes de circunstancias en general similares han sido la norma.

Por ejemplo, “procesos económicos y experiencias coloniales similares” (similitudes estructurales) han tenido resultados ampliamente divergentes. China, en los años veinte, estaba similarmente subdesarrollada como en los cuarenta: en el primer caso, la contrarrevolución tuvo éxito, en el siguiente periodo la revolución salió victoriosa. De manera similar, los resultados poscoloniales de la posguerra variaron debido a factores contingentes: la intervención política, la conciencia, las capacidades organizativas, el liderazgo, las estrategias, etcétera.

La emergencia de la globalización en el pasado estuvo determinada por una plétora de circunstancias estructurales e históricas, y las relaciones emergentes antagónicas de clase y Estado generadas por los ciclos previos de globalización condujeron a rupturas políticas y a la relativa caída de la globalización, y sin duda en algunos casos del propio sistema capitalista. En cada periodo de expansión global, los teóricos globalistas emergen para glorificar, legitimar y gratificar a las clases dirigentes del proyecto global en el lenguaje de la “Pax Británica” o del “Siglo Americano”.

Los teóricos globalistas más reflexivos cuando menos toman en cuenta la caída de la expansión globalista en el pasado e intentan desarrollar una línea diferente de indagación, concediendo las imperfecciones del pasado, pero marcando la singularidad del presente “orden global mundial”.

Al ignorar las contradicciones pasadas y cómo se han expresado en el presente, los ideólogos globalistas caen en una especie de determinismo tecno-

lógico. Al hacer afirmaciones muy amplias acerca de las cualidades mágicas de los nuevos sistemas computacionales y electrónicos esperan convencer o engañar a la población para que crea que el nuevo sistema global ha sido guiado y producto de la ciencia, la tecnología y la razón, y que ha borrado o minado los conflictos de clase y antiimperialistas. La emergencia de fenómenos contrarios –esto es: conflictos de clase y luchas antiimperialistas de importancia– se relega a una categoría residual de “fenómenos anacrónicos” o como las últimas bocanadas de grupos e ideólogos pasados de moda.

Pero etiquetar no es explicar; tampoco afirmar categorías residuales es una adecuada aproximación para lidiar con los movimientos florecientes que están centrados en el vértice del imperativo globalista. Los vínculos entre los nuevos movimientos sociales rurales y provinciales en América Latina y África (la República Democrática del Congo, antes Zaire) con las luchas urbanas, la explosión creciente de la nueva generación de la clase trabajadora en Francia, Corea del Sur y Alemania, habla de las profundas divisiones inherentes en la explotación interna para maximizar las porciones del mercado global.

Para lidiar con la noción de lo inevitable en un nivel menos filosófico y más analítico, es importante examinar los orígenes, dinámicas y perspectivas futuras de la actual versión de la globalización.

En primera instancia, las tecnologías que se citan como determinantes existieron previamente al actual gran impulso hacia la globalización. La adición o aplicación de tecnologías no ha tenido un impacto importante en impulsar el crecimiento global que, como hemos mencionado previamente, ha estado en gran parte estancado. La innovación tecnológica se ha incorporado en los procesos globales que están conformados por las decisiones en la esfera política y socioeconómica. Los orígenes de la más reciente ola de globalización pueden encontrarse en el proceso político asociado con el poder del capitalismo en su forma neoliberal o de “libre mercado”.

Los primeros pasos se dieron en Chile, como producto del golpe militar, y posteriormente se pusieron en práctica en los regímenes de Reagan y Thatcher. Esto no quiere decir que las TNC y el capital financiero no estuvieran operando en el mercado mundial antes de estos regímenes políticos. Sí implica que los globalizadores tenían que compartir el poder y los recursos con el capital local, los sindicatos y otras fuerzas políticas populares. A partir de ahí el compromiso entre el desarrollo del mercado interno, a través del Estado de bienestar y el flujo internacional de capital y el comercio de mercancías, fue quebrantado por la fuerza política, por la dictadura militar o por decreto ejecutivo dentro de un régimen electoral de minoría.

Los orígenes de la globalización como una estrategia económica fueron entonces consecuencia de un proyecto ideológico apoyado por el poder de Estado y no el “desenvolvimiento natural” del mercado. El hecho de que en el periodo que precedió a la globalización el principal avance tecnológico tuviera lugar en una variedad de lugares no globalistas va en contra del velo ideológico que tecnoglobalistas arrojan sobre el proceso de desarrollo capitalista.

La contingencia y no la inevitabilidad, marca el origen y desenvolvimiento del proyecto globalista. De otra forma es difícil explicar los constantes y frenéticos –frecuentemente irracionales– esfuerzos del G-7 por apuntalar los regímenes en decadencia como México, y hacer irreversible el capitalismo al acelerar las reformas económicas que destruyen la producción y empobrecen a millones en la ex URSS, y al extender la afiliación a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) hacia Europa del Este y Ucrania. Ciertamente, los ejecutores de la globalización, si no los ideólogos, están conscientes de las condicionantes y de la contingencia de su proyecto. Dado que la teoría de la globalización tiene un fuerte componente ideológico, es importante confrontarla en estos términos.

La globalización como *globaloney*: retórica y realidad

Una de las principales características de los sistemas sociales vulnerables la constituye la exageración declarativa en su favor. Detrás de estas declaraciones está la creencia de que la mera afirmación como invencible o inevitable compensará las debilidades estructurales. Todo el edificio ideológico construido en torno a la perspectiva globalista de los capitalistas exportadores y financieros es un ejemplo atingente de ello. Sin embargo, la noción de que la hegemonía ideológica y la prescripción normativa de un resultado deseable pueden sostener una frágil empresa político-económica, constituye un pobre sustituto para el análisis programático y la política sustantiva.

El término *globaloney*, acuñado por Bob Fitch (1996), captura los argumentos tendenciosos y tautológicos propuestos por los teóricos globalistas. En primera instancia, los globalistas plantean un progreso general hacia la globalización que conduce a todas las naciones y pueblos hacia un conjunto común de relaciones de mercado. Es difícil saber qué debe sacarse de tal visión en el contexto del rechazo amplio y mayoritario del proyecto globalista por los electores y las sociedades civiles en todo el mundo. Aquí necesitamos apenas referirnos al TLCAN (NAFTA), al tratado de Maastricht y a las doctrinas del libre comercio

propuestas en América del Norte, Europa y Asia. Parece que la ausencia de un apoyo general se convierte en un catalizador para declaraciones aún más exageradas: de la mejor política a la única, de un avance en la economía a un fin de la historia humana. Sin embargo, son precisamente tales declaraciones infundadas, particularmente en cuanto a lo inevitable de la globalización, que frente al frágil apoyo social pueden ser puestas en la categoría de *globaloney*.

La noción de inevitabilidad, según es enmarcada por los globalistas, contiene el mismo tipo de mensaje mesiánico que los productores de medicina de patente atribuían a sus productos y los predicadores itinerantes juraban que afectaría a los no creyentes: si no está aquí, ya viene; si no está visible, está tras el horizonte; si usted experimenta dolor, la prosperidad y el bienestar están “a la vuelta de la esquina”. Hay un toque de charlatanería en todo esto diseñado para fascinar al inocente o para atacar a quienes han perdido la fe en otras formas de lo inevitable y no tienen necesidad de recurrir a la nueva fe.

Más allá de la *globaloney* está el hecho de que la gran mayoría de las naciones, y dentro de ellas la inmensa mayoría de la humanidad, se opone al globalismo en la práctica, o en el pensamiento. Ésa es la razón por la que los políticos globalistas cuando están en campaña frecuentemente tienden a disfrazar sus creencias y a presentarse a sí mismos como críticos de la globalización, para luego practicarla abiertamente a su llegada al poder. Clinton (Estados Unidos), Menem (Argentina), Cardoso (Brasil), Fujimori (Perú), Chirac (Francia), Prodi (Italia) y Caldera (Venezuela) se lanzaron en sus campañas como críticos del libre mercado, un elemento esencial de la globalización. Actualmente en Europa, Asia y América Latina, la oposición masiva a las políticas globalistas es claramente visible. Como lo planteó un encabezado de *The New York Times* (16 de junio de 1998): “Estados Unidos, alabando su economía, no encuentra seguidores en la cumbre” (US, Lauding its Economy, Finds No Summit Followers). Si no hay borregos en la cima, es porque no hay burros en las calles. Uno de los principales asesores económicos del presidente de Corea del Sur comentó suavemente acerca de la defensa clintoniana de la *globaloney* para el resto del mundo: “Los sudcoreanos no apoyarían ese tipo de inestabilidad económica”.

La segunda característica de la *globaloney* es la afirmación de que es la “ola del futuro”. Aquí los ideólogos pintan un mundo futurista de tecnología de alto poder que opera a través de los mercados globales para producir mercancías de calidad y proveer servicios avanzados consumidos por multitudes crecientes. La realidad, sin embargo, es muy diferente: las condiciones sociales en la víspera del siglo XXI de hecho están revirtiéndose a las del siglo XIX. Para empezar, la atención a la salud en todo el mundo se está haciendo más

precaria y más dependiente de los niveles de ingreso. En los Estados Unidos, más de 60 millones de personas carecen de atención a la salud o acceden a un servicio inadecuado, y más de 10 millones de niños no son cubiertos por esta atención. La inseguridad laboral se incrementa a medida que los administradores asumen el poder para contratar, despedir y subcontratar el trabajo de tiempo parcial y temporal en una forma que recuerda a los tiempos de Charles Dickens. Familias empobrecidas son forzadas a trabajar por debajo del salario mínimo de subsistencia, frente a la alternativa del hambre. Una mayor cantidad de trabajadores laboran jornadas más largas actualmente en comparación con las de hace 30 años. La edad del retiro se está acercando a los 70 años. Los patrones ya no proveen planes de pensión. Los empleadores privados recurren en gran escala a trabajadores de las prisiones. El número de niños en los orfanatos está creciendo, como lo está el número de niños que vive en la pobreza. Las desigualdades se aproximan o sobrepasan a las del siglo XIX. Una metáfora marítima más apropiada (más que la “ola del futuro”) para la globalización es la de un ancla que jala a los trabajadores hacia un pasado ignominioso. El futuro para la mayor parte de la generación joven se presenta inseguro y temible tanto en Europa como en América del Norte. Por una buena razón. Será la primera generación desde la Segunda Guerra Mundial en tener movilidad descendente. Argumentar que la globalización es la “ola del futuro” es prometer a las generaciones venideras una prolongada vida de trabajo con sueldos en decadencia y sin seguridad laboral o asistencia social alguna. Negar esta realidad y proyectar un futuro teñido color de rosa es la esencia de la *globaloney*.

La ideología de la “ola del futuro” está ligada a un grupo específico de capitalistas que operan en el centro del proyecto de globalización: los banqueros inversionistas y las firmas bursátiles que se han deslizado hacia el frente de las filas de las compañías más ricas de Estados Unidos. La más grande sociedad privada de Wall Street, el grupo Goldman Sachs, probablemente ganó cerca de 3,000 millones de dólares en 1997. En 1975, las firmas bursátiles y de inversión bancaria ganaron 4.8 mil millones; para 1994, las ganancias anuales habían ascendido a 69.5 mil millones. En comparación, la mayor y más exitosa firma de alta tecnología, Microsoft, obtuvo ganancias, después de impuestos, por 2.2 mil millones de dólares. Está claro que la globalización es la ola del futuro *para los especuladores y financieros*. Pero sería el colmo confundir esta suerte rosa con la del resto de la humanidad. La ocultación deliberada de las diferencias específicas de clase, al referirse a la obtención de ganancias por algunos y la reversión de las condiciones de vida de los muchos, es parte del estilo polémico de los practicantes de la *globaloney*.

Tras haber sido expuestos y refutados todos sus argumentos, el último refugio de los truhanes es levantar las manos y gritar como Thatcher que “no hay alternativa”, una racionalización bastante provechosa para sus propios fines en cuanto a las fallas de la globalización. Este argumento no es sino una confesión de incapacidad, una negación de resistencia y un intento de desmoralizar a los adversarios. Esta estrategia usualmente está basada en una dicotomía simple del comunismo derrotado y la globalización que continúa, comprimiendo así una compleja experiencia en compartimientos que excluyen el rico mosaico de la experiencia pasada y las alternativas actuales. Aquí el argumento –o la afirmación, para ser más precisos– asume una postura triunfalista. Se basa en una visión superficial del mundo actual al proyectar la ideología globalista hacia áreas previamente hostiles. El problema es que este enfoque visionario tiene que ver con epifenómenos a lo largo de un periodo relativamente corto de tiempo. El análisis carece de profundidad al evitar los conflictos internos, la inestabilidad y la volatilidad de la especulación no regulada y la falta de un centro de dinámica económica. Las ganancias crecen, pero lo hacen basadas en una baja en los costos del trabajo y en una depresión de los estándares de vida y de las condiciones de trabajo; mientras que los mercados de acciones ascienden, las fuerzas de producción se estancan; mientras proliferan las nuevas tecnologías, su impacto en la economía real se ve oscurecido por las ganancias de los especuladores.

Esencialmente, tres líneas de crítica pueden ser dirigidas en contra de los globalistas. Primero, la expansión global está enraizada en la historia y formada por condiciones políticas, sociales y culturales particulares. Los globalistas atribuyen la condición de inevitable a una correlación coyuntural de fuerzas sujetas a reversión. En segundo lugar, los intereses económicos incorporados en el proyecto globalista son los de minorías, tanto en los países imperiales como entre sus colaboradores en las redes globales. Es una burla del análisis social confundir la manera como esta minoría define y sigue sus intereses con las necesidades e intereses de la humanidad futura. Además, es ser obtuso hasta lo máximo pasar por alto el efecto diferencial que la globalización tiene sobre las diferentes clases, razas, generaciones y géneros. En tercer lugar, atribuir características conductuales y comandos políticos a entidades abstractas como el mercado es abdicar de las responsabilidades de un intelectual para identificar las instituciones y a quienes toman las decisiones, que hacen al mercado y no solamente a las que siguen al mercado. Además, el intento por reducir los mercados a un mercado que es propiedad de, es operado por, una configuración específica de fuerzas de clase, bajo la tutela de una formación estatal particular, es el ejercicio último de reduccionismo abstrac-

to. Tiene sentido argumentar que las clases que predominan dictan las formas contemporáneas de intercambio de mercado. Pero al decirlo uno debería reconocer que hay otros mercados reales o potenciales, pasados y presentes, en los que otros actores pueden jugar, y jugarán, un papel y que pueden condicionar intercambios al logro de resultados diferentes de aquellos que resultan del mercado actual.

Aproximarse al mercado analíticamente, en contraposición con la perspectiva reduccionista abstracta de los globalistas, significa en primera instancia examinar las relaciones de clase que configuran los intercambios; y en el análisis final examinar los efectos distributivos de clase de los intercambios de mercado. El debate entre los globalistas y sus adversarios es, en parte, acerca del método: quienes buscan un análisis sistemático de los intercambios y quienes deducen los resultados a partir de fuerzas impersonales abstractas a las que atribuyen cualidades humanas (la referencia a los imperativos del mercado).

La confrontación ideológica con el globalismo y su relegación al estatus de *globaloney* es sólo parte del debate. Igualmente pertinente es el debate acerca de la dinámica de la globalización.

Dinámica de la globalización: política, economía y tecnología

El “gran impulso hacia la globalización” fue político y económico. Políticamente, el “gran impulso” fue resultado de un cambio dramático en el poder político que se alejó de los regímenes de izquierda, populistas y nacionalistas, en favor de los gobiernos globalistas. En términos sociales, el “gran impulso” resultó de la derrota y retirada de los sindicatos, y de la decadencia de la influencia de la clase trabajadora, la clase media baja y el campesinado. El poder de las clases sociales comprometidas en las redes internacionales del capital y el comercio, pero en particular el sector financiero, pusieron el escenario para la contrarrevolución globalista. Lo que comenzó en ciertos países del Tercer Mundo (Chile, México) y centros imperiales (Estados Unidos e Inglaterra) se difundió por el mundo de una forma desigual.

Los globalistas no solamente reaccionaron a las “fallas” o “crisis” de los regímenes de izquierda; intervinieron vigorosamente para que se produjera el resultado que habían predicho. Este papel activo fue de un alcance masivo e involucró la intervención militar directa, la saturación ideológica y cultural al igual que carreras armamentistas y alianzas políticas con el Vaticano y las fundaciones filantrópicas. Por ejemplo, en América Latina las clases globalis-

tas emergieron de violentos regímenes militares que abatieron a la oposición, con cientos de miles de víctimas. En África, millones fueron asesinados en guerras ajenas que destruyeron la posibilidad de un desarrollo independiente en Angola, Mozambique y otras partes. El régimen de Reagan patrocinó una carrera armamentista para quebrar a los soviéticos que voluntariamente cooperaron. En Europa del Este, en particular en Polonia, el Vaticano jugó un papel material y propagandístico decisivo al encauzar millones de dólares de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) hacia la organización Solidaridad. En Europa del Este, el millonario especulador George Soros aportó millones de dólares para educar intelectuales checos, húngaros y polacos quienes más tarde se convirtieron en ardientes procapitalistas y políticos pro-OTAN.

Las crisis internas de estas regiones influyeron en esta campaña globalista al neutralizar la potencial oposición popular. El efecto neto del poder indisputado de las nuevas clases globalistas fue el debilitamiento del control público y de las limitaciones sobre la explotación capitalista de los recursos, los mercados y el trabajo, y la entrega a inversionistas privados de importantes palancas de acumulación en los campos minero, financiero y manufacturero. El ferreo papel del Estado-nación, para conservar bajos los salarios y eliminar programas sociales, liberó fondos inmensos para el enriquecimiento privado de las clases globalistas. El Estado-nación, lejos de debilitarse con la globalización, se convirtió en un apoyo político esencial para difundir el mensaje. Los regímenes imperiales, influyentes en el FMI y el Banco Mundial, condicionaron los préstamos y créditos a las llamadas “reformas económicas”, imponiendo así una política globalista uniforme. Las impopulares políticas de ajuste estructural (PAE) profundizaron el poder de las clases globalistas y extendieron su alcance sobre el patrimonio nacional a través de la privatización y la desregulación. El Estado-nación y sus políticas imperiales fueron elementos esenciales en el gran impulso hacia la globalización.

Finalmente, la intervención política del Estado-nación en el “pago de fianzas” a los inversionistas extranjeros con problemas (bancos japoneses y estadounidenses), especuladores (México, 1994) y TNC (Lockheed, Fiat), da una idea del prolongado papel de la política para sostener la perspectiva globalista proclive a la crisis.

El “gran impulso” desde el lado político fue el contrapunto de una confluencia de desarrollos económicos que constituyeron la ingeniería de la dinámica de la globalización. Esencialmente fueron cuatro los factores que precedieron y contribuyeron al “gran impulso”: una crisis de sobreacumu-

lación; una reducción de las ganancias que resultó de las relaciones entre el trabajo y el capital; la intensificación de la competencia capitalista internacional; el crecimiento masivo de los mercados financieros como un resultado de la desregulación.

Por supuesto que estos “procesos económicos” no pueden separarse de las relaciones de clase y de la configuración política de los cuales forman una parte integral. La crisis de sobreacumulación remite al crecimiento masivo de las ganancias con el cada vez más reducido espacio para la inversión con tasas aceptables de ganancia. Puesto de otro modo, mientras más crecía el capital dentro de los límites del Estado-nación, menor era la tasa de ganancia a medida que un mayor capital buscaba lograr menores porciones del mercado. La solución radical por supuesto habría sido cambiar la estructura de clase para incrementar la demanda, pero eso habría exacerbado el problema de la reducción de la tasa de ganancia. La “solución reaccionaria”, que se siguió fue la de acabar con las limitaciones internas sobre los movimientos externos para ir a los mercados de ultramar y en el proceso a largo plazo forzar hacia abajo los costos nacionales. Las clases globalistas ven a la masa de productores locales en parte como un costo, no como un mercado. La globalización fue en primera instancia una solución a la crisis de sobreacumulación en términos aceptables para la clase inversionista.

El segundo determinante económico de la globalización lo constituye la limitación impuesta por la relación capital-trabajo. La reducción de las ganancias estaba enraizada en la inmovilidad del capital: en las relaciones cara a cara, con el Estado benefactor como mediador, el trabajo fue capaz, por casi un cuarto de siglo, de extraer concesiones económicas cuyos costos acumulados se convirtieron en una carga inaceptable para el capital. Al reproducir las relaciones entre el salario y el capital a través de las inversiones en ultramar en lugares de producción con menores costos, la clase capitalista creó un mercado de trabajo global que dio un impulso a los márgenes de ganancia y presionó hacia abajo al mercado laboral local. De aquí que la globalización quebrantara el equilibrio posterior a la Segunda Guerra Mundial entre el capital y el trabajo en su favor.

El movimiento del capital en el extranjero fue estimulado por el crecimiento de la competencia internacional. El poderoso impulso para la exportación de Asia a Europa forzó a Estados Unidos a invertir en el extranjero para abrir lugares de producción más cercanos a los mercados, para establecer las medidas de las barreras protectoras y para aprender acerca de los mercados locales. Los europeos y los japoneses que abrieron sitios de producción para suplir al mercado estadounidense siguieron un patrón similar. Una parte integral de

este proceso de competencia fue la constante intervención del Estado-nación en favor de sus TNC: demandas de trato igual, impuestos, leyes de trabajo uniformes, etcétera. El crecimiento de bloques económicos regionales se dio paralelamente a la creación de alianzas, dentro de los bloques, entre los estados y las TNC, lo cual dio a los observadores superficiales la idea de que el Estado-nación se estaba tornando “anacrónico”, “débil”, o en un actor periférico. Como es evidente, en las reuniones de Maastricht, los encuentros del GATT, las cumbres del G-7, etcétera, los estados-nación forjan las reglas del juego para la expansión y la competencia globales.

Finalmente, y quizás lo más importante, la dinámica de la globalización está en gran parte impulsada por el crecimiento masivo de los mercados financieros. Decimos “más importante” porque es este sector el que muestra el mayor incremento en volumen de flujos de capital y el que ha tenido el menor efecto para estimular el crecimiento mundial de las fuerzas productivas. La paradoja de la globalización masiva y el crecimiento magro de los principales actores globales se explica por la disociación entre los flujos financieros masivos y la economía real.

La desregulación de los mercados financieros, la introducción y subordinación de los sistemas de comunicación e información de alta tecnología respecto a los imperativos financieros constituyen quizá el elemento más sobresaliente de la globalización. El carácter financiero de buena parte de lo que pasa por globalización no niega los movimientos a gran escala de mercancías e inversiones en la minería y manufacturas. Lo que indica es que las especulaciones financieras sobrepasan con mucho a los activos reales de las firmas que son “compradas y vendidas” en los mercados bursátiles del mundo. Si se añaden todos los demás recursos especulativos (derivados, monedas, futuros y bonos chatarra) que se intercambian a través de los canales financieros, nos damos una imagen más verdadera de cuál es la fuerza motora de la globalización. Escasamente dinámica, escasamente capaz de beneficiar a las masas, escasamente capaz de generar ganancias productivas que sean socialmente útiles. No es de extrañar que los globalistas se refieran a los países (pueblos y economías) como mercados emergentes. Los ven a través de la visión limitada de la inversión financiera y las casas bursátiles, y lo que ven a corto plazo son caídas (diferenciales de interés), ventas de firmas (privatización) y lugares para la producción a bajo costo (maquiladora). El elemento clave en todo esto fue un cambio en la composición social del régimen regulador y un nuevo conjunto de reglas que gobiernan los flujos financieros. La pieza central del nuevo régimen regulador fue precisamente el reino indisputado

de los diseñadores de políticas globalistas divorciado del trabajo y estrechamente unido con los principales actores financieros globalistas.

¿En dónde entra la tan ponderada revolución tecnológica en el cuadro de la primacía de los determinantes políticos y económicos de la globalización? Al contrario de lo que afirman los ideólogos globalistas, ésta tiene un papel importante pero secundario. Las innovaciones mismas están basadas en investigación financiada o subsidiada por el Estado, transferida luego al sector privado. Las fuerzas económicas preexistentes determinan en gran parte la aplicación de la tecnología. Incluso los empresarios de mayores recursos, con nuevas tecnologías de punta deben vender a los sectores con mayor crecimiento económico, es decir, aquellas firmas que ya están incorporadas en las redes globalistas. El aumento de la velocidad en la transmisión y el acceso a una mayor cantidad de información no contribuye significativamente al perfil de la economía global. Los que son esenciales son los conceptos dominantes que gobiernan las instituciones básicas involucradas en el intercambio de información, capital y comercio de mercancías. Los conceptos dominantes son la acumulación de capital, las altas tasas de rendimiento, mayores porciones del mercado, menores costos laborales. La alta tecnología es la criada de la “ingeniería financiera” globalista, que reformula los flujos para ajustarlos a las decisiones a corto plazo basados en reportes financieros inmediatos. El énfasis en la cantidad de datos y en la rapidez del procesamiento refleja la necesidad de hacer rápidas decisiones de inversión en el corto plazo, en el papel o la economía real. De ahí que la alta tecnología esté reforzando la más volátil e improductiva de las actividades económicas, el intercambio de papeles en el campo financiero.

Sería una exageración negar los otros usos múltiples de la alta tecnología para el reordenamiento en los patrones de trabajo y consumo, la comunicación personal, etcétera. Pero la multiplicidad de usos es precisamente el punto: en el nivel institucional su uso es más adaptativo para las clases globales existentes que innovativo para desintegrar la dominación, la explotación y el estancamiento. Las contradicciones sociales generadas por la globalización son exacerbadas por la alta tecnología aplicada desde los puntos institucionales de poder. Y la alta tecnología no tiene medida correctiva interna alguna que asegure otro resultado.

La dinámica de la globalización puede analizarse no sólo en sus orígenes y expansión, sino también en sus consecuencias distributivas. Dado que lo resultante de la globalización puede tener serias consecuencias en su futuro.

Consecuencias distributivas de la globalización

Las consecuencias distributivas de la globalización no pueden separarse de los patrones de propiedad y control de las instituciones, la estructura de clases y el Estado. No es posible hablar de “equidad” o de “socialismo de mercado” al examinar o manipular mecanismos o estadísticas distributivas. Esto se ha hecho más claro que nunca ahora que los propietarios y productores se relocalizan o amenazan con la relocalización de sus espacios de inversión y empleo en caso de que las políticas redistributivas, ambientales e impositivas no sean de su agrado. Hay una relación indisoluble entre la propiedad, la producción y la equidad, por un lado, y la equidad y la sustentabilidad, por el otro.

El ascenso mundial de las clases globalistas ha provocado una seria crisis social que afecta a los trabajadores asalariados, los campesinos, los empleados y los autoempleados a lo ancho del mundo. Precisamente el crecimiento y la penetración de las políticas globalistas han generado un incremento significativo en la desigualdad entre la minoría dentro del circuito globalista y aquellos explotados por esa minoría. Mientras que el crecimiento de la desigualdad del ingreso entre clases sociales es una consecuencia del ascenso globalista, también hay otras varias desigualdades que atraviesan fronteras nacionales y culturales. Los impuestos se han hecho cada vez más regresivos: los ingresos por impuestos de los gobiernos provienen cada vez más de los grupos asalariados, mientras que el porcentaje que proviene del capital corporativo multinacional se va reduciendo. Esto es en parte debido a las numerosas coladeras legales al igual que a la capacidad de los abogados corporativos especialistas en impuestos para diseñar formas de evitar gravámenes y para desplazar las ganancias a países con tasas impositivas más bajas (lo que se llama “transferencia de precios”). Paralelamente al sistema de impuestos regresivos funcionan los crecientes subsidios estatales regresivos o programas de gastos. Los privilegios corporativos en la forma de préstamos con intereses bajos, incentivos a la exportación, subsidios a la construcción de plantas, concesiones de tierras, desarrollo de infraestructura, investigación y desarrollo, etcétera, han estado acompañados por agudas reducciones en las transferencias sociales hacia los asalariados. Los subsidios estatales para el capital corporativo multinacional tienden a aumentar mientras que disminuye la proporción que corresponde a los trabajadores asalariados, pensionados, familias de bajos ingresos, enfermos e incapacitados, familias con un solo jefe y niños.

Estas desigualdades sociales son el resultado de dos factores estructurales: la creciente concentración y centralización de la propiedad a través de las

fusiones, compras de participaciones y alianzas, y la estrecha integración del Estado y la elite corporativa globalista. La centralización de las decisiones políticas es un elemento esencial en la concentración de los recursos del Estado dirigida hacia el mayor fortalecimiento de las ganancias y el crecimiento del capital concentrado. Actualmente el patrón de propiedad de bienes en los centros imperiales avanzados se parece al patrón de propiedad de la tierra en las que solían llamarse peyorativamente las repúblicas bananeras: menos del 5 por ciento de la población es propietaria de cerca del 90 por ciento de los activos de propiedad privada. Además, un puñado de agentes bursátiles e inversionistas bancarios perciben sumas multimillonarias en dólares en derechos por compra y venta de firmas y transacciones bursátiles efectuadas con fondos de inversión privados y públicos.

La mayor crisis social se encuentra precisamente en los países que más han hecho avanzar la globalización. El número de trabajadores sin cobertura médica, sin afiliación sindical, la fuerza de trabajo temporal o de tiempo parcial que carece de beneficios sociales (vacaciones, pensiones) o que los tiene al mínimo, es mayor en Estados Unidos, seguido por Inglaterra. La tan publicitada baja tasa de desempleo en Estados Unidos, en contraste con Europa, está contrabalanceada por la mayor tasa de trabajadores vulnerables con salarios bajos, en condiciones inaceptables para los movimientos laborales europeos.

Un proceso similar ocurre en el Tercer Mundo. Argentina y Brasil tienen tasas de desempleo de 18 y 15 por ciento, tasas que se multiplicaron con la globalización de sus economías. Procesos similares se han suscitado en Europa del Este, en donde los estándares de vida han caído entre 30 y 80 por ciento desde que la transición al capitalismo comenzó a finales de los ochenta. El país modelo del Tercer Mundo, México, ha visto como se desploman los niveles de ingreso salarial en un 30 por ciento respecto al nivel de hace una década y media.

Los mecanismos específicos por los que las clases globalistas realizan esta contrarrevolución en el ingreso y la propiedad se dan a través de una ideología (neoliberal o de libre mercado) y de paquetes legislativos, las llamadas políticas de ajuste estructural, incluyendo la privatización de recursos públicos lucrativos y el desarrollo de un nuevo estatismo que financia y dirige todo el proceso. La ideología neoliberal proporciona un barniz intelectual al proceso de la creciente desigualdad a través de varios aparatos conceptuales: enfatiza al individuo como la unidad básica de análisis y la noción de responsabilidad individual es utilizada para ofuscar las actividades económicas concentradas y las consecuencias sociales adversas. Al oscurecer la centralidad de la concen-

tración del poder institucional y el impacto que tiene en los estándares de vida, despolitiza el problema del poder y de la desigualdad económica, mientras traslada la pesada carga de lidiar con los problemas inducidos por el globalismo a la familia, el individuo o la comunidad local: esto a su vez libera personal y fondos para promover la expansión y la acumulación globales.

La ideología del neoliberalismo argumenta en favor de los mercados libres cuando de hecho la mayor parte de los intercambios de las firmas globales se realizan dentro de las empresas. La ideología del libre mercado oscurece las estrechas relaciones entre los estados imperiales y los inversionistas extranjeros, el crecimiento de la interdependencia del Estado con las firmas globales y la interrelación entre las firmas globales que conforman las agendas políticas.

El poder estructural de las clases globalistas es causa y consecuencia de las llamadas “políticas de ajuste estructural” (PAE) que se han puesto en práctica de manera informal o formal. Las PAE son en realidad un proceso de “reconcentración del ingreso” a través de cortes en los gastos sociales, reducciones en los impuestos corporativos y crecientes subsidios. La concentración del poder en manos de los patrones a costa de los trabajadores asalariados (operación denominada “flexibilización del trabajo”) conduce a rigidez jerárquica de la organización corporativa. Los patrones fijan unilateralmente los términos para contratar, despedir, maquilar, subcontratar y otras formas de acrecentar la tasa de explotación, bajar los costos del trabajo e incrementar las ganancias para más empresas globales.

El avance de las PAE está directamente relacionado con la resistencia del trabajo. Y la resistencia del trabajo está vinculada con la estructura interna de los sindicatos, la ideología de los líderes sindicales y la accesibilidad y rotación de los líderes. En donde existen estructuras democráticas dentro de los sindicatos, en donde los líderes abordan una oposición organizada, en los lugares en los que los líderes están imbuidos con una ideología anticapitalista, o cuando menos ven al sindicato como un movimiento más que un negocio y donde los líderes son desafiados o reemplazados por líderes alternativos procedentes de las bases, los sindicatos han tenido más éxito para bloquear la puesta en práctica de las PAE y toda la agenda globalista. Tal es el caso de Francia, Italia y Alemania. En contraste, en Estados Unidos, donde los líderes sindicales administran organizaciones oligárquicas, y funcionarios sindicales millonarios llevan al sindicato como si fuera un negocio a través de máquinas burocráticas que marginan a los miembros y administran fondos de pensiones y lucrativas propiedades inmobiliarias, los sindicatos han sido totalmente incapaces de oponerse a la agenda globalista. No es de extrañar

que el presidente Clinton pudiera presumir sus éxitos en la puesta en práctica de reformas económicas regresivas: no tuvo sindicalistas democráticos y radicales con los cuales contender.

La economía de Estados Unidos es el prototipo del poder globalista. La administración de Clinton incluso habló de ella como de un modelo. Pero es un modelo para las clases globalistas y es firmemente rechazado por el trabajo en todos los demás lugares. Incluso los líderes europeos fruncen el ceño ante su aplicación, temiendo que buscar firmemente su puesta en práctica provoque un levantamiento social considerable.

El proyecto globalista está alcanzando sus límites políticos en muchas partes del mundo. La resolución de la contradicción entre imperio o república implica quebrantar las organizaciones sociales que sostienen las creencias y los intereses de millones de trabajadores asalariados, familias y pensionados. Estamos entrando en un periodo de crisis prolongada y de posibles levantamientos. El llamado modelo anglosajón de la globalización puede ser exportable sólo si las relaciones sociales internas entre las clases (capital/trabajo) se transforman drásticamente. El proceso de cambio gradual o en pequeñas porciones está en vías de realización: los recortes en los presupuestos sociales y la relocalización de plantas en Alemania; la privatización y el fin de la indexación salarial en Italia; altas tasas de desempleo y condiciones laborales segmentadas en España.

Las “luchas defensivas” de los trabajadores europeos reflejan la creencia de que la opción está entre el residuo del previo Estado de bienestar o el capital globalista. Lo que es claro es que el ascenso de la globalización no ha estado acompañado por la conservación del Estado de bienestar, ya no se diga de su expansión. Es claro que la polarización social de intereses, condiciones y posiciones estructurales contrastantes requieren que se reconsidere el sistema productivo y de manera más fundamental la naturaleza de la propiedad. Negar la centralidad de las ganancias privadas en su forma más organizada y extensa (la empresa corporativa multinacional) es perder de vista la posible solución. El centrarse en las políticas y los resultados inmediatos, como la política del día, y no en la estructura estatal y la composición interna del Estado (el poderoso nexo entre las clases globalistas y el Ejecutivo) es ignorar la herramienta esencial para transformar la propiedad y las formas de tenencia que dirige el proyecto globalista.

La irracionalidad del empecinamiento privatizador está minando las condiciones ambientales para la reproducción de la expansión globalista. Se explotan de manera voraz nuevas clases, nuevas regiones, nuevas áreas de recreación y oxigenación: la Antártida, el Amazonas, el lago George, las principales ciudades, la capa de ozono. La política de privatización no involucra solamente

la transferencia de la riqueza pública a los millonarios globalistas super-ricos, sino que es también una licencia para una explotación sin freno. Es una obscenidad hablar de crecimiento sostenible mientras que el Estado imperial, el Banco Mundial y sus contrapartes, los inversionistas y políticos globalistas promueven la privatización y el saqueo: en ninguna parte la privatización ha estado acompañada de conservación, siempre ha estado, y sigue estándolo, asociada con el pillaje, el agotamiento de recursos y el abandono de pueblos y países.

La privatización ha tenido lugar a escala mundial, pero en ninguna parte ha conducido al desarrollo dinámico de las fuerzas productivas. Si descontamos el crecimiento poblacional, el crecimiento per cápita en Estados Unidos está por debajo del 1 por ciento, y en Europa y Japón está cercano al cero. La privatización es el aprovechamiento privado o el pillaje de las riquezas y bienes existentes. Sustituye la creación de nuevas firmas y productos y el descubrimiento de nuevos mercados. El auge de los mercados bursátiles tiene un paralelo en la desaceleración del crecimiento de la economía real. El crecimiento especulativo se alimenta del estancamiento. El mayor crecimiento se debe a las fusiones, los despidos y la reducción de los puestos de trabajo mejor pagados. Aparte del caso anormal de Estados Unidos con sus inflados sindicatos oligárquicos, son de esperarse revueltas sociopolíticas en contra de la globalización.

Políticas nacionales y globalización

Es probable que la distorsión más difundida por los ideólogos globalistas sea la noción de que el Estado-nación es anacrónico (o que es “débil”) frente al enérgico ataque de las corporaciones globalistas y los nuevos actores internacionales. La realidad es otra: el Estado-nación nunca ha jugado un papel más decisivo, ni intervenido con mayor vigor e impacto para conformar los intercambios económicos y la inversión en los ámbitos local, nacional e internacional. Es imposible concebir la expansión y la cada vez más profunda participación de los bancos y corporaciones multinacionales sin la previa intervención política, militar y económica del Estado-nación. Tampoco es posible entender la expansión del mercado en la antigua Unión Soviética, China, Europa del Este y los países del Tercer Mundo, previamente radicales, si no se reconoce el papel político crucial que jugaron los estados-nación imperiales. En particular, Estados Unidos, al financiar la propaganda, animar la carrera armamentista, subsidiar las actividades culturales y religiosas. Los acuerdos comerciales más elementales y más importantes (GATT, TLCAN, ASEAN*) y los bloques comerciales

*Asociación de Naciones del Sureste Asiático.

(Unión Europea, TLCAN, Mercosur) fueron formulados, codificados y puestos en marcha por estados-nación. Las principales políticas para estimular significativas desgravaciones fiscales, conceder subsidios masivos y disminuir los costos laborales internos han sido formuladas por el Estado-nación. La escala y el alcance de la actividad del Estado-nación han crecido a tal grado que es necesario referirse a ella como el “Nuevo Estatismo” en vez de como el libre mercado. La globalización es en primera instancia un producto del Nuevo Estatismo y sigue estando acompañada y sostenida por la intervención estatal directa.

Con demasiada frecuencia los comentaristas retóricos, los periodistas de finanzas y los publicistas han argumentado que el “Estado”, según lo conocíamos, ha sido superado por un nuevo tipo de orden internacional en el que las TNC se han hecho autónomas respecto del Estado. Otros ideólogos han afirmado que el mercado ha reemplazado las funciones del Estado y ha reducido su papel al mínimo compatible con la ley y el orden. No es de sorprender que muchos “nuevos pensadores”, que antes fueron de izquierda o que se dicen independientes, hayan afirmado que una “tercera economía” está creándose sobre la base de las ONG y sobre la base de la comunidad local que tiene su raíz en lo que ellos denominan “sociedad civil”. Finalmente, un grupo de pensadores marginales cree que algo etiquetado “sistema mundial” ha superado al Estado-nación y está en proceso de establecer una entidad supranacional que está todavía por ser plenamente desvelada, quizá por ausencia de datos.

El alcance de la ideología de la disolución del Estado-nación es equiparable a la ignorancia de sus defensores acerca de los principales acontecimientos y fuerzas que han configurado, y continúan impulsando, los flujos internacionales de capital y de comercio de mercancías.

La pieza central de la globalización es el marco político general: su arquitectura se fundamenta en el papel del Estado para eliminar la concepción del Estado de bienestar, disminuir los controles sobre los flujos del extranjero y acabar con las limitaciones políticas y económicas de los mercados exteriores. Estas piedras angulares, puestas en su lugar por el Estado-nación, han sido seguidas por las columnas lineales que se cristalizan en la forma de funcionarios de las IFI puestos por los estados-nación. Tales funcionarios diseñan, ponen en práctica y vigilan que se extiendan las políticas por el mundo a través de las llamadas PAE. La cúpula de la globalización la constituye la microadministración a corto plazo de la economía global por los funcionarios de nivel intermedio que supervisan las inversiones individuales, los intercambios sectoriales y los saldos comerciales mensuales.

El papel político-económico que juega el Estado se acompaña de la profunda penetración de las agencias de policía, militares y de inteligencia de las

naciones dominadas por el Estado imperial estadounidense. Agencias que antes eran sólo nacionales, como el FBI (Federal Bureau of Investigation) y la DEA (Drug Enforcement Agency), ahora circulan libremente en los más altos niveles de las estructuras de los estados extranjeros. Los programas de certificación en la lucha contra las drogas realizados por Estados Unidos amplían el poder estadounidense para decidir los nombramientos en las secretarías de Estado, las fuerzas armadas y las policías. El principio de la extraterritorialidad legal es promovido por Washington afirmando la supremacía de sus leyes respecto a las de aquellas que supuestamente son naciones soberanas, como en el caso de la ley Helms-Burton. Todo esto sugiere con gran fuerza que los estados-nación imperiales están llevando a sus límites su capacidad de apoyar el papel de las corporaciones multinacionales y, lo que es más importante, incrementar la porción del mercado mundial para los flujos internacionales que corresponden a sus clases dominantes.

Si la ideología y la retórica de los globalistas en cuanto al Estado supuestamente débil o anacrónico no refleja realidades, entonces, ¿a qué propósitos sirve? Primero, sirve para desarmar a los críticos, para desanimar a las fuerzas sociales de oposición en sus esfuerzos por apoderarse del elemento primordial, y más aún para generar una alternativa al capital globalista dominado. En segundo lugar, tiene el propósito de desorientar la lucha política ¿Para qué luchar en contra del Estado si ahora se supone inexistente? En tercer lugar, promueve que los grupos políticos y sociales centren su operación en los intersticios del sistema dominante, en las áreas de actividad económica a pequeña escala. El propósito es crear vínculos de dependencia con el sistema macroeconómico dominado por las clases globalistas. La gran mayoría de las ONG de hecho no reciben fondos del gobierno ni tienen actividades de colaboración local.

Finalmente, el propósito es formular una categoría incierta tal como la de “sociedad civil”, habitada por los propietarios que explotan intensivamente la fuerza de trabajo en fábricas de todo el orbe y describirla como el lugar de la democracia política y de la iniciativa económica local privada. Este discurso ignora la multiplicidad de vínculos entre los principales actores de la “sociedad civil” (las clases dominantes) con el nivel superior del Estado.

Señalar la dinámica y el papel central del Estado-nación en la etapa actual de la “globalización” nos permite identificar las tremendas potencialidades del Estado como un centro para formas alternativas de organización económica. Ello puede tomar la forma de empresas públicas, cooperativas autoadministradas y la planeación descentralizada en la asignación y redistribución del ingreso,

los créditos, la tierra y la asistencia técnica. La reasignación de inversiones por parte del Estado presupone cambios fundamentales en la propiedad, área en la que el poder estatal juega un poderoso papel tanto en el sentido jurídico como político y económico. El poder del Estado-nación es la base para trasladar la producción y el consumo de la centralidad de los mercados globales a los locales y convertir a los intercambios globales en actividades suplementarias. El poder del Estado-nación es la base para la innovación y la organización tecnológica basada en profundizar la solidaridad social y los vínculos comunitarios a través de ligar los incrementos productivos con mayor disponibilidad de tiempo libre.

El poder estatal es esencial para el régimen obrero de autogestión, para devolver a la colectividad de productores la operación de las empresas y los beneficios de la productividad y la competitividad.

El poder estatal es un vínculo esencial para un nuevo internacionalismo; como ejemplo exitoso de una alternativa al globalismo y para proporcionar actividades políticas, educativas y culturales que fortalezcan los lazos horizontales entre movimientos a lo ancho del mundo: un preludeo a la emergencia de otras alternativas.

El poder del Estado redefine la cuestión de los mercados al insertarla en un nuevo contexto sociopolítico en el que las relaciones sociales dan primacía a las clases productoras. El mercado del Estado-nación popular está basado en intercambios que se guían por los criterios políticos de las ganancias sociales, ganancias que se ajustan al salario social general y no a los criterios del lucro individual o de la firma. Los mercados locales y nacionales toman forma por la nueva configuración del poder popular, lo que determina los intercambios locales, proceso inverso a la globalización actual.

La búsqueda de alternativas a la globalización implica una profunda reflexión acerca de las ventajas comparativas de la privatización y de la socialización en una perspectiva histórica. Es claro que en la socialización la tendencia estriba en que más trabajadores (obreros, empleados, autoempleados) tuvieran más tiempo libre, mayor seguridad en el empleo, una mayor cobertura de salud y un mayor acceso a la educación pública superior. La tendencia se dirigía hacia una mayor preocupación por discriminación de género de lo que ocurre en el contexto de la privatización. Los datos comparativos sobre los estándares de vida en los países que actualmente experimentan la privatización muestran una marcada caída en la calidad de vida, en especial para las generaciones jóvenes. En la medida que se aleja la edad para el retiro, la explotación se extiende hasta la ancianidad. En la medida que se incrementan las

prerrogativas empresariales, la tensión y la inseguridad relacionadas con el trabajo se intensifican y los beneficios laborales (atención a la salud, vacaciones, etcétera) se reducen. Los observadores objetivos pueden argumentar que la obsesión por las necesidades de los patrones y sus ganancias (disfrazadas por el término “competitividad”) significa que la clase trabajadora se degrada. Los trabajadores en Europa que conservan de 4 a 6 semanas de vacaciones son descritos por el *New York Times* como “mimados”. Los altos ejecutivos en Europa, cuyos sueldos están en una proporción de 40 a 1 frente a los salarios de los trabajadores, son descritos por *Forbes* “mal pagados” o “anacrónicos”, puesto que están muy por debajo de la proporción de 240 a 1 que mantienen sus contrapartes en Estados Unidos.

El *ethos* de la privatización es un esfuerzo mal disfrazado por crear un tipo de despotismo occidental fundamentado en el poder absoluto del capital para controlar el Estado, imponer una ideología singular e intimidar a la fuerza de trabajo. El modelo propuesto es el de Estados Unidos.

La socialización proporciona un modelo democrático alternativo en donde el capital se torna capital social por su subordinación formal a la nueva organización del poder del Estado y la descentralización de la autoridad hacia los comités de producción, consumo y protección ambiental. Los incrementos en la productividad financian planes de salud para todos, la educación pública está abierta a quienes califican académicamente, la jubilación y las carreras alternativas están abiertas a los 50 ó 55 años; la semana laboral se reduce a 25 ó 30 horas. Las ventajas de la socialización no están sólo en la redistribución de la riqueza, sino también en la reorientación de la producción y los medios para servir a valores sociales decididos democráticamente. Es una profundización cualitativa y una extensión de los valores sociales enunciados por la edad de oro del Estado de bienestar. Es un socialismo posglobalista que se funda en principios democráticos e internacionalistas.

Resistencia a escala mundial

Una reseña de la resistencia a la política globalista debe tener en cuenta la gran variedad de fuerzas sociales que han tomado la delantera en diferentes contextos socioeconómicos, con grados diversos de intensidad y con una amplia gama de estrategias. No obstante, ciertas tendencias generales son evidentes más allá de las especificidades nacionales y regionales.

En primera instancia, mientras que los vehículos electorales han sido una fuente de oposición, la acción extraparlamentaria ha sido el enfoque más

difundido y efectivo para bloquear o limitar la aplicación de las políticas globalistas. Dado que la mayor parte de la oposición electoral antiglobalista está confinada a la legislatura y además a una minoría, las políticas globalistas continúan aplicándose por decreto del Poder Ejecutivo o a través de la influencia globalista sobre las legislaturas. El fraude electoral, como en el caso de la elección del presidente Carlos Salinas de Gortari, o la compra descarada de votos de los congresistas en Brasil bajo el mando de Fernando Henrique Cardoso, debilitan el papel de las instituciones electorales en cuanto puntos de oposición. En segundo lugar, la oposición electoral de centro-izquierda, de manera casi uniforme, ha asimilado la ideología globalista, y una vez en los cargos la siguen para plegarse a las demandas de las clases dirigentes, las IFI y las instituciones estatales preexistentes. El ejemplo más reciente es el del alcalde de San Salvador, Héctor Silva, del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), quien ve a los impulsores de la globalización, al FMI y al Banco Mundial, como aliados en el proceso de desarrollo. Antiguas agrupaciones revolucionarias de los setenta y ochenta, al volcarse sobre la política electoral y asumir cargos públicos casi siempre han abandonado su oposición a la globalización y han acabado por aceptar sus postulados. Como resultado, todos los grupos que son afectados negativamente por la globalización se han vuelto hacia la actividad y la organización extraparlamentaria: huelgas generales en Francia, Italia, Argentina, Brasil, Bolivia, Corea del Sur, etcétera; ocupaciones de tierras en Brasil, Paraguay, El Salvador, México, Colombia, Guatemala, etcétera; revueltas urbanas en Venezuela, República Dominicana, Argentina, etcétera; movimientos guerrilleros en México, Colombia, Perú, Zaire, etcétera. Los movimientos extraparlamentarios se han convertido en la forma favorita de expresión, dada la impotencia y la cooptación de los partidos electorales.

La segunda característica compartida por la oposición es la de que todos los que en ella participan comienzan como movimientos defensivos de los derechos e intereses existentes y que son amenazados por las clases dominantes globalistas. Sea para protestar por la pérdida de empleo, la privatización de la empresa pública, los cortes en los programas de seguridad social, los estándares de vida, los planes de pensión, las instalaciones educativas públicas, etcétera; el punto inicial de confrontación es la agresiva reversión. Provocados por la apropiación globalista de nuevas fuentes de ganancias y la reducción de costos, los movimientos responden. Dentro de la defensa común de pasados logros populares, algunos de los movimientos han tomado la ofensiva y han buscado avanzar hacia los cambios estructurales: los movimientos campesinos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas, México; el Movimiento los Sin Tierra (MST), en Brasil; las Fuerzas Armadas

Revolucionarias de Colombia (FARC), en Colombia, y los cultivadores de coca en Chapare, Bolivia, han creado cooperativas y establecido economías basadas en la comunidad que se oponen al globalismo y están orientadas hacia el desarrollo del mercado doméstico. Aun cuando son una minoría, existe una conciencia creciente antiglobalista e incluso una incipiente conciencia anticapitalista entre los movimientos de masa que actualmente están involucrados en luchas defensivas.

La tercera característica de la oposición al globalismo es la tendencia general de todos los movimientos a formar coaliciones con grupos y luchas ambientales, de género, étnicas o raciales. El proyecto globalista tiene una multiplicidad de impactos negativos, explotación, contaminación, empobrecimiento y exclusión, lo que empeora las condiciones y estándares de vida y profundiza las desigualdades entre las clases, y al interior de éstas. La confluencia de grupos es un desafío frente a los esfuerzos de las IFI y los regímenes locales por fragmentar y despolitizar las diferentes identidades en una serie de entidades culturales que sirven a sus propios intereses, divorciadas de las luchas políticas basadas en la clase.

Además de las características comunes de la resistencia a la globalización, hay varios puntos generales que deben tenerse en mente. Primero, el proceso de oposición es desigual entre los países y dentro de los países. La oposición en Europa, y en particular en Francia, obviamente está más avanzada que, digamos, en Estados Unidos, Brasil y México, que a su vez están más avanzados en comparación con Chile y Perú. Lo que distingue el nivel de lucha es el nivel de organización política, la tradición de la lucha, la estructura interna de las organizaciones de masa y los orígenes insurgentes o burocráticos de la oposición.

Dentro de los países, algunos sectores, regiones, clases y grupos étnicos demuestran una mayor resistencia que otros. En Argentina, las provincias han estado al frente de la oposición, mientras que Buenos Aires está atrasado. En Brasil, los trabajadores sin tierra son mucho más combativos que los habitantes de las ciudades perdidas o los sindicatos. En Venezuela, el pobre urbano de Caracas ha sido más activo que los sindicatos oficiales. En general, los trabajadores del sector público han estado más activos que los del sector privado (Chile, Argentina, Brasil, México, etcétera). Con algunas excepciones notables, el centro de la lucha más radical ha estado en las áreas y provincias rurales, mientras que los sectores industriales urbanos básicamente han estado comprometidos en la fase defensiva. Pero no es fácil hacer distinciones inmediatas y rápidas. En Europa y Asia, los trabajadores de los sectores más

avanzados (transportistas en Francia y metalúrgicos en Corea del Sur), han sido quienes encabezaron la lucha. La difusión de la oposición y su profundización fuera de las arenas electorales ha creado una base firme para una alternativa sistemática. Inversamente, además de la política electoral, la base social de los políticos y las elites económicas globalistas se ha tornado más frágil. El centro ideológico e institucional del globalismo es Estados Unidos: es aquí donde permanece sin desafíos debido a la naturaleza oligárquica de larga data de los sindicatos –lo que los separa de la mayoría de los trabajadores– y el liderazgo cooptado de los principales grupos étnicos, de género y conservacionistas que funcionan como meros grupos de presión sobre los partidos globalistas dominantes. Una vez que nos alejamos de Estados Unidos la imagen cambia dramáticamente, en particular en Europa, América Latina y Asia. Un proceso similar ocurre al examinar la dinámica de la política interna de los países: una visión superficial que se dirigiera sólo al proceso electoral da la impresión de la solidez de las perspectivas globalistas. Al desplazarse más allá de las luchas electorales, hacia las luchas y organizaciones de masa, además de las preferencias individuales, nos encontramos con un amplio abanico de oposición a varios o a todos los elementos de la política globalista.

La pregunta básica que no se ha resuelto o no se plantea constantemente es la de si hay tal oposición general, ¿por qué el globalismo no ha sido derrocado? La respuesta tiene dos facetas: más grupos han sido marginados a recursos limitados y como resultado están comprometidos en gran parte en luchas defensivas; en segundo lugar, mientras que se elaboran diversas alternativas, ninguna ha logrado una aceptación general, o permanece centrada en espacios sectoriales o locales.

Alternativas a la globalización

Durante años, los críticos de la globalización han evocado repetidamente la necesidad de crear una alternativa. Mientras que algunos intelectuales continúan haciéndolo y otros continúan en sus reflexiones pasivas e impotentes sobre la impermeabilidad del ataque globalista, algunos cuantos han comenzado a examinar el mundo real de las alternativas emergentes creadas por los militantes y activistas.

Las nuevas alternativas deben entenderse no sólo en términos de lo que están creando, sino también de aquello que rechazan. Esto puede sintetizarse de manera sucinta como “ni libre mercado ni estatismo burocrático”. Dentro de estos parámetros, las alternativas emergentes necesitan ser analizadas con mayor profundidad para distinguirlas de los proyectos en pequeña escala que financian las IFI globalistas con el objeto de absorber el descontento generado por

su administración de la macroeconomía. Las alternativas que existen actualmente se encuentran en los proyectos locales de los grupos insurgentes o en la transformación programática de los movimientos en lucha. En el primer caso, existe una variedad de formas alternativas de organizaciones socioeconómicas que van desde la red de cooperativas rurales brasileña organizada por el MST, que incluye a más de 150,000 familias, hasta las comunidades indígenas autogobernadas bajo el liderazgo zapatista en Chiapas, pasando por las empresas municipales organizadas en China, los productores rurales emergentes de inspiración socialista en Colombia y Bolivia, las propuestas de democratizar las universidades en Chile y Argentina, y las propuestas de autogestión generadas por el ala radical de los sindicatos en Francia, Corea del Sur e Italia. Lo que diferencia a estas actividades sectoriales, o en pequeña escala, de los proyectos locales de las IFI y ONG de desarrollo alternativo, es que son parte de un proyecto político más amplio de transformación social. Son iniciadas por grupos insurgentes en confrontación con el Estado y las clases globalistas y usualmente son democráticas en su interior. Los líderes son elegidos por las comunidades locales y son responsables ante ellas (a diferencia de las ONG que dependen de, y responden a, donadores externos). De ahí que las alternativas en pequeña escala sean piedras de toque para la transformación en gran escala. Las alternativas nacen de luchas que incrementan la conciencia de clase y nacional y apuntan hacia la creación de un bloque hegemónico antiglobalista basado en alternativas colectivistas democráticas. Lo que une a estas alternativas es su lucha en favor de una economía social, que combine el crecimiento sostenible, la visión de empresa y la democracia económica.

Abundan las diferencias entre las alternativas: relaciones laborales, el alcance de la propiedad privada, la dependencia del mercado, etcétera. Lo que queda claro, sin embargo, es que los intereses sociales condicionan los intercambios de mercado, y los “mercados” son esencialmente locales o nacionales con intercambios externos subordinados a la profundización del mercado interno. El principal tema programático es el de la elaboración sistemática de las relaciones microinstitucionales con el nivel macro, el traslado de la transformación programática hacia espacios institucionales específicos. El principal problema político es la lucha en contra de los intelectuales tecnocráticos ligados a las concepciones globalistas que buscan amalgamar los programas sociales populares con la economía liberal (“socialismo de mercado”), y contra los colectivistas rígidos que no logran entender la variedad de formas de producción popular (cooperativa, pública, doméstica, etcétera). La imagen que tienen algunos intelectuales de que existe una necesidad de crear una alternativa es, por supuesto, expresión de su ignorancia acerca de las

alternativas existentes, en proceso de creación, o su aceptación inconsciente del argumento globalista de que no hay alternativas. En vez de repetir gastados lugares comunes acerca de la “necesidad de alternativas”, es más adecuado relacionarse con las alternativas que están ahora en proceso de elaboración por parte de los movimientos en lucha.

Las alternativas están ahí para que se les dé mayor sustancia, coherencia y proyección dentro del Estado-nación y más allá. Incluso ahora se están forjando vínculos internacionales entre movimientos en la lucha nacional en contra de las clases globalistas, cada uno con su propia economía local y sus transformaciones programáticas. Aun cuando su único mérito estuviera en ello, añaden otro elemento afirmativo a la crítica de la ideología globalista: hay una alternativa en la lucha misma por derrocar a las clases globalistas dominantes.